

Parte II

CAPÍTULO SEIS

Las Mujeres, la Guerra y la Independencia Hispanoamericana

Claire Brewster

Ansí mismo alanceó Hernando Cortés en esta batalla aquel día á otro señor llamado Tochtluahatzal... En estos reencuentros se halló aquella señora llamado María de Estrada, donde peleó con la lanza á caballo como si fuera uno de los más valerosos hombres del mundo.

Diego Muñoz Camargo, c. 1576 (Muñoz Camargo, 1892: 227)

La poesía de resistencia de María Leoncia Pérez Rojo introduce adecuadamente la segunda parte de este libro que se centra en la cultura literaria de las mujeres. ¿Cómo percibieron el género, y cómo conceptualizaron las diferencias de género en sus obras? ¿Qué tipo de diálogo iniciaron con los textos canónicos y el género *doxa* estudiado hasta ahora? Estas preguntas sólo pueden contestarse con referencia al contexto histórico. Antes de analizar en detalle la sección de las obras escritas por mujeres que fueron o no publicadas, este capítulo brinda una perspectiva del impacto que tuvieron en las mujeres y en el género las guerras de la independencia hispanoamericana.

Durante mucho tiempo, las mujeres fueron asociadas con la guerra en América Latina. En su *Historia de Tlaxcala*, Diego Muñoz Camargo describe el papel que tuvo María de Estrada en la conquista de Méjico aunque él no haya sido testigo de sus acciones, y habría repetido cuentos y relatos habituales. Es interesante aunque no sorprendente, que Hernán Cortés no mencionara en sus cartas a Carlos V de España los esfuerzos de María Estrada. De hecho, Cortés apenas reconoce el papel que tuvo su traductora y guía Doña Marina ('La Malinche') sin la cual la conquista hubiese sido mucho más difícil (Cortés 1963: 269).¹ Aunque Bernal Díaz del Castillo elogió específicamente el rol de varias mujeres en su relato como testigo de la conquista, tampoco hizo referencia al poder de lucha de María Estrada. Solamente expuso que ella era la única mujer española en Méjico y que escapó de la capital azteca Tenochtitlán con la ayuda de sus aliados Tlaxcaltecas (Díaz del Castillo 1963: 302; 1955: 399).² Muñoz Camargo quizás aplicó licencia poética para describir a María de Estrada como fuerte, guerrera y rebelde. La tendencia puede rastrearse al menos desde los tiempos de

Cristóbal Colón, un lector ávido de *Los viajes de Sir John Mandeville*. Colón estaba fascinado con el resurgimiento del mito de las Amazonas. Se obsesionó con encontrar la tribu de mujeres, y ‘dos veces durante sus expediciones al Nuevo Mundo pensó haberlas encontrado, o haber perdido por poco a esas criaturas’ (Fernández-Armesto 1992: 34). El mito se originó en Asia, y en ese momento Colón era firme en su creencia de que había encontrado una nueva ruta a la Isla de las Especias. Esta creencia equivocada no impidió a los exploradores que le siguieron buscar a las Amazonas. En su cuarta carta a Carlos V, Cortés repitió el informe de avistamiento de una comunidad de mujeres:

Me trajo relación de los señores de la provincia de Ciguatan, que se afirman mucho haber una isla toda poblada de mujeres, sin varón ninguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso, y las que preñadas se paren mujeres las guardan, y si hombres los echan de su compañía. (Cortés 1963: 213)

Cortés fue precavido al no admitir haber visto personalmente a las mujeres Amazonas, sin embargo sus palabras indican que esperaba encontrarlas. Lo hizo con detalles que tomó prestados de las novelas de caballería, al citar las aventuras de Sergas de Esplandían, sin duda para captar el interés y alentar el futuro patrocinio de Carlos V, quién también era un ávido lector de esas historias (Leonard 1949: 20-21).³ De hecho, el interés por estos seres legendarios había sido tan entusiasta que la orden original del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, para Cortés era localizar a la tribu mítica (Leonard 1949: 46).⁴ El deseo de ver mujeres como guerreras en Hispanoamérica se basó en la ficción, no en hechos: Sir John Mandeville fue ‘un mentiroso de primera clase que relacionó un montón de cuentos chinos sobre países que nunca había visitado’ (Janes 1960: XX). Cualquiera hayan sido sus intenciones,⁵ las historias de Mandeville sobre monstruos y tierras desconocidas eran aceptadas generalmente como la verdad, y se continuaron creyendo por casi 300 años (Adams 1983: 73). El mito se impulsó con el malentendido de Colón de que había llegado al lejano Oriente.

Relatos posteriores incluyeron a las Amazonas de Hispanoamérica. En su ‘Defensa de las mujeres’ (1726), Feijoo afirmó que aunque la leyenda de las Amazonas se distorsionó por la fábula, los primeros exploradores españoles en realidad encontraron a tales seres:

En América fueron vistas...marchando armadas a lo largo del río más grande del mundo, el Marañón; y, debido a ese singular fenómeno le dieron el nombre, que todavía conserva hoy: el Río de las Amazonas (Feijoo 1774: 73).

Además Feijoo hace referencia al relato de Diego Muñoz Camargo sobre el papel que tuvo María de Estrada en la conquista de Méjico, embelleciéndolo para probar que las mujeres pueden ser tan valientes como los hombres: ‘En esta batalla, María de Estrada... [iba] montada a caballo con el mismo valor que cualquiera en todo el ejército’ (Feijoo 1774:71). El legado de esperanza y expectativa de encontrar mujeres guerreras en el

continente americano perduró, llevando a una tendencia de exagerar los esfuerzos de las mujeres hispanoamericanas. Unos 300 años después de Muñoz Camargo, Julie Greer Johnson afirmó que María de Estrada acompañó a Cortés y luchó junto a sus tropas contra los indios' (Johnson 1983: 19, 48).⁶ Sin duda se intentó elogiar la contribución de las mujeres, pero tal hipérbole le confirió atributos innecesarios a aquellas que participaron en las batallas, y desacreditó las tareas importantes que llevaron a cabo al perseguir sus creencias.

Como señala Elizabeth Leonard las mujeres participaron en las batallas por lo menos desde el siglo catorce (Leonard 1999: 100). Al estallar las guerras por la independencia hispanoamericana en 1808, las memorias de Catalina de Erauso, 'La Monja Alférez' (1595-1650) ya habían pasado a ser parte del folclor, eran muy conocidas en América Latina, y alimentaron la idea de que Hispanoamérica significaba suelo fértil para las proezas típicas de las Amazonas. Erauso había escapado de un convento de España en 1600 vestida de muchacho, y partió a Chile. Allí se unió al ejército, donde fue promovida a teniente. Por muchos años mantuvo su verdadera identidad en secreto hasta confesar sus orígenes al obispo de Huamanga, Perú. Extraordinariamente, la corona española y el papa le dieron permiso a Erauso para vestirse como hombre y llevar el nombre de Monja Alférez. Luego se instaló en Méjico y trabajó como arriera hasta su muerte (Merrim 1994: 177-205; Erauso, 1996). De hecho las mujeres hispanoamericanas tienen muchos más modelos recientes: como se verá más abajo, tuvieron un rol notorio en la rebelión de Túpac Amaru. William Taylor demostró que las mujeres participaron con notoriedad de las rebeliones rurales del centro de México en el siglo dieciocho, ya que muchos hombres trabajaban lejos de sus ciudades. También encuentra que alrededor del veinticinco por ciento de los levantamientos fueron liderados por mujeres 'agresivas, ofensivas y rebeldes' (Taylor 1979: 116, 155).

Pero aunque la participación de las mujeres en los levantamientos y los castigos consecuentes ya estaban bien establecidos hacia el final del período colonial, las guerras de la independencia hispanoamericana y la inestabilidad política y económica que siguió significaron oportunidades sin precedentes para el avance individual. Este capítulo intenta investigar las relaciones entre la hipérbole y la realidad, y explora las formas en las que las mujeres de distintas clases sociales participaron en la causa de la independencia. También examina las actitudes hacia las mujeres por parte de algunos líderes protagonistas en la independencia. Se enfoca la participación de las mujeres en áreas bien definidas de Sudamérica para revelar hasta qué punto los monárquicos y las autoridades patriotas difamaron o elogiaron a las mujeres que participaron. Los motivos por los cuales ellas apoyaron activamente la causa de la independencia posiblemente son tantos como la cantidad de mujeres que participaron: muchas lo hicieron por lealtad a la familia; otras buscaban escapar de las tareas y deberes familiares, otras siguieron a sus maridos, algunas querían liberarse de matrimonios infelices, mientras que otras sólo buscaban aventura.

Las mujeres en las rebeliones de finales del período colonial

Antes de concentrarnos en las luchas por la independencia, vale la pena considerar algunos de los precedentes inmediatos que moldearon las mentes de hombres y mujeres a finales del período colonial. Las mujeres tuvieron un papel muy importante en la rebelión de Túpac Amaru en 1780-81, en la de los Comuneros en 1781-82 y en el levantamiento de Gual España en 1797.

Los registros que sobrevivieron de los sucesivos juicios a las agitadoras y las cartas escritas en aquel tiempo dan testimonio del rol de las mujeres en la rebelión de Túpac Amaru. En 1780, el mestizo José Gabriel Condorcanqui, bajo el nombre Túpac Amaru II, se valió de su herencia inca y se levantó contra las autoridades españolas. Hombres y mujeres indígenas y mestizos se aliaron a una causa que a esa altura amenazaba el control español sobre Perú y el Alto Perú (Bolivia). Túpac Amaru nombró a su esposa, Micaela Bastidas, comandante en su ausencia. Como argumenta León Campbell, respetando las costumbres de las sociedades indígenas, donde los lazos familiares y de clanes otorgaban a las mujeres una posición elevada, y cuando era necesario, las esposas y las hermanas de los jefes rebeldes eran aceptadas como líderes legítimas. Los soldados indígenas respetaban a Bastidas como la esposa de Túpac Amaru (Campbell 1985: 190-91). Tomasa Tito Condemayta, la *cacica* de Arcos era oficial del ejército insurgente y su brigada de mujeres soldados defendió con éxito el puente de Arcos (Silverblatt 1987: 123). Marcela Castro, esposa de Marcos Túpac Amaru, también participó en la lucha (García y García 1924: 169-70). Bartolina Sisa participó en la ocupación de La Paz junto con su marido Julián Apaza (Túpac Kapari), y su cuñada, Gregoria Apaza fue a la guerra junto a Andrés Túpac Amaru (Pallis 1980: 23; Querejazu 1987: 406-14; Guardia 1985: 45).

¿Estas mujeres fueron incluidas en la hipérbole que caracterizó a las supuestas guerreras hispanoamericanas? Meri Knaster plantea que Cecilia Túpac Amaru (hermana de José Gabriel Túpac Amaru) ‘instigó y apoyó’ el levantamiento (Knaster 1977: 468). Otros afirman que en lugar de seguirlo, Bastidas era la fuerza que impulsaba a su esposo. José de Austria, probablemente en 1854, describió que la rebelión de Túpac Amaru la lideró Bastidas, sus hijos Hipólito y Fernando, y su cuñado Antonio Bastidas (de Austria 1960: 55). El siguiente fragmento de una carta que se cree fue escrita por Bastidas a Túpac Amaru, revela una dedicación intensa a la causa que, por lo menos en este instante, parece superar a la del mismo Túpac Amaru:

Tú me has acabado de pesadumbres, pues andas muy despacio paseándote en los pueblos, y más en Yauri, tardándote dos días con grande descuido, pues los soldados tienen razón de aburrirse e irse cada uno a sus pueblos.

Yo ya no tengo paciencia para aguantar todo esto, pues yo misma soy capaz de entregarme a los enemigos para que me quiten la vida, porque veo el poco anhelo con que ves este asunto tan grave que corre con detrimento de la vida de todos, y estamos en medio de los enemigos que no tenemos ahora segura la vida; y por tu causa están a pique de peligrar todos mis hijos, y los demás de nuestra parte. Harto te he encargado que no te demores en esos pueblos donde no hay que hacer cosa ninguna;... y entonces se retiraran todos, dejándonos desamparados, para que paguemos con nuestras vidas;... y se perderá todo la gente que tengo prevenida para la bajada al Cuzco.

Bastante advertencias te di para que inmediatamente fueses al Cuzco, pero has dado tanto a la barata dándoles tiempo para que se prevengan, como lo han hecho, poniendo cañones en el cerro de Piccho y otras tramoyas tan peli-grosas, que ya no eres sujeto de darles avance. También te hago presente como los indios de Quispicanchi, ya se hallan rendidos y aburridos con tanto tiempo de servir de guardias; en fin Dios querría que padezca por mis pecados - Es tu esposa.

Después de concluida esta he tenido propio, que me da noticia cierta que los de Paruro están en Acos; y así voy a caminar aunque sepa perder la vida.

Tungasuca, diciembre 6 1780 (Cornejo Bourroncle 1949: 53-54)

La carta muestra la frustración de Bastidas por la falta de energía y coraje de su esposo, y su irritación es evidente. En esta carta, por lo menos, ella está al mando de un Túpac Amaru reacio, y teme que sus preparativos se desperdicien porque su esposo no sigue su consejo. El epílogo revela que Bastidas era consciente de los movimientos enemigos y que estaba dispuesta y era capaz de usar sus instintos para reaccionar y cambiar las circunstancias. Sin embargo Túpac Amaru ignoró su consejo y no volvió a Cuzco hasta finales de noviembre, luego de que las fuerzas del gobierno llegaran a la antigua capital inca, una decisión que pudo haberle costado a los rebeldes el control de las sierras (Campbell 1985: 177-78).

Luego del fracaso del ataque a Cuzco, Bastidas, Túpac Amaru y sus hijos fueron capturados. Durante su juicio, Bastidas trató de defenderse con astucia recurriendo a la creencia popular de que las mujeres eran analfabetas e incapaces de planear estratégicamente. ‘Mariano Banda escribió mis órdenes y yo no las revisé ya que no podía ni leer ni escribir’ (O’Phelan 1985: 236). Otros adoptaron tácticas parecidas cuando intentaron defender a las mujeres. Diego Túpac Amaru insistió en que debían ser perdonadas ‘ya que [las mujeres] son incapaces de tener opinión y no pueden desobedecer a sus esposos’. Campbell alegó que era una irregularidad considerable que esas mujeres estén siquiera frente a un tribunal’, ya que la ley española dictaminaba que, al ser propiedad de sus maridos, las mujeres no podían ser enjuiciadas. Tenía que hacerse una excepción para que las mujeres fueran acusadas de traición a la corona (Campbell 1985: 187-88).

Campbell concluye que ‘las mujeres tuvieron roles cruciales en el conflicto’ (Campbell 1985: 190). Ciertamente sus castigos fueron lo suficientemente severos para apoyar este hallazgo. Bastidas, Marcela Castro y Titu Condemayta fueron condenadas a muerte. A Cecilia Túpac Amaru le dieron 200 latigazos y fue sentenciada a diez años de

exilio en Méjico (murió en prisión antes de salir de Perú). Muchas otras mujeres fueron exiliadas, incluyendo a la madre de Túpac Amaru, quien murió durante el viaje (Querejazu 1987: 401-04; Guardia 1985: 45-46).⁷ El 18 de mayo de 1781 Bastidas y Titu Condemayta estaban entre un grupo de nueve personas que fueron ejecutadas en la plaza principal de Cuzco. A Bastidas antes de morir le cortaron la lengua. Los cuerpos de las victimas fueron desmembrados y sus cabezas y extremidades se exhibieron en varias ciudades que habían participado de la rebelión (Cornejo Bournoncle 1949: 105-106; de Austria 1960: 55). Gregoria Apaza y Bartolina Sisa fueron colgadas en 1782; descuartizaron sus cuerpos y los exhibieron (Guardia 1985: 45; O'Phelan 1985: 270-71, 307-09). Al año siguiente Marcela Castro fue arrestada. La metieron en un saco y fue arrastrada hasta la plaza. Le cortaron la lengua y la colgaron y descuartizaron (García y García 1924: 169-70; Cornejo Bournoncle 1949: 152-72). El destino violento de estas mujeres fue testimonio del papel principal que tuvieron en esta rebelión, y sus experiencias seguramente tuvieron efecto sobre la percepción que la gente tenía sobre sus capacidades. El impacto en la multitud fue aún más fuerte, ya que eran las primeras ejecuciones públicas de este tipo en la región.⁸

La rebelión de los Comuneros comenzó en Socorro (hoy Colombia), cuando amplios sectores de la sociedad tomaron las calles en protesta contra los aumentos de los impuestos aplicados por las autoridades. Entre los líderes se encontraba Jorge Lozano y Peralta, el Marqués de San Jorge. Manuela Beltrán, una comerciante de Socorro, tomó las riendas. José Donoso Monsalve describe cómo el 16 de marzo de 1781, ella, bajo la mirada de una multitud deslumbrada, arrancó el decreto que llevaba el sello real y gritó ‘Viva el Rey y muera el mal Gobierno’ (Monsalve 1926: 5-7).⁹ Los aborígenes y los campesinos mestizos aceptaron el llamado y marcharon hacia Bogotá, reuniendo seguidores en el camino. En esta instancia, Beltrán parece haber sido más radical que los líderes de la rebelión de la clase alta criolla. Benjamin Keen describió a los organizadores como ‘inseguros y mal dispuestos’ para dirigir a un grupo compuesto de miembros de las clases bajas. Se llegó a un acuerdo para salvar las apariencias: se redactó un convenio en el que las autoridades coloniales aceptaban todas las demandas de los rebeldes, que luego fue ignorado por el virrey. Los líderes criollos temían una rebelión clasista o de razas generalizada que pusiera en riesgo sus bienes, y se unieron a las autoridades (Keen 1992: 143).

De igual forma, la revuelta de Gual-España de 1797 en el Puerto La Guaira (hoy Venezuela) demostró ser, en palabras de John Lynch, ‘demasiado radical para los dueños de las propiedades criollas’. La revolución francesa influenció fuertemente la rebelión. Los rebeldes, liderados por Manuel Gual y José María España buscaban un gobierno republicano, libre comercio, igualdad de razas, y el fin de la esclavitud y de los tributos de los indígenas (Lynch 1973: 193). Muchas mujeres participaron de la conspiración, incluyendo la esposa de España, Josefa Sánchez y su hermana, Joaquina España. De acuerdo con Monsalve, Sánchez convenció a uno de sus esclavos a incitar la rebelión, y después a lanzar un ataque en Caracas. La sirvienta de Sánchez, Josefina Rufina Acosta, envió mensajes a los rebeldes. El movimiento se descubrió días antes de

la rebelión planeada y los conspiradores fueron arrestados. Sánchez escondió a España en su casa en La Guaira antes de que fuese finalmente arrestado y ejecutado (Díaz 2004: 55; Cherpak 1978: 220). Dos esclavas que pertenecían a Sánchez, conocidas sólo como Margarita e Isidora, fueron sentenciadas a cuatro años de prisión en 1799 por haber participado de la conspiración. En febrero de 1800, Sánchez fue sentenciada a ocho años de prisión por esconder a su marido de las autoridades; Acosta fue encarcelada por seis meses. No se investigó cuán dispuestos estaban la sirvienta y los esclavos de Sánchez a participar en la conspiración (Monsalve 1926: 18-20).

Las mujeres y Belgrano

Ya en el período de independencia, la actitud de Manuel Belgrano hacia las mujeres es de un interés especial porque representa una corriente de pensamiento progresista y liberal. Belgrano nació en Buenos Aires y se educó en la Universidad de Salamanca, en España, influenciado por las obras de Rousseau, Montesquieu y Adam Smith (Aguirre 1999: 11, 13, 25). Su *Educación popular* abogó por las escuelas mixtas en Buenos Aires y afirmó que el bienestar y la virtud de una mujer educada era la base de la sociabilidad:

Se deben poner escuelas gratuitas para las niñas, donde se les enseñara la doctrina cristiana, a leer, escribir, coser, bordar etcétera, y principalmente inspirarlas amor al trabajo, para separarlas de la ociosidad, tan perjudicial, o más en la mujeres que en los hombres. (Mitre 1927: 74)

Belgrano se convirtió en la figura principal del movimiento de la independencia, comandando un ejército de la patria que realizó campañas en Paraguay y el Alto Perú (Bolivia). Las escuelas para mujeres fueron sólo una parte de la visión de futuro de Belgrano; también se preocupó por las poblaciones aborígenes. Ricardo Piccirilli comenta que en 1816 los indígenas estaban ‘como electrizados’ por el ‘nuevo proyecto’ de Belgrano de establecer ‘un gran imperio en la América meridional, gobernado por los descendientes de la familia imperial de los Incas’. Se formaron varios grupos de soldados indígenas unidos bajo la ‘bandera del sol’, provocando la preocupación por una guerra de razas: ‘Están armándose y se cree que pronto se formará un ejército en el Alto Perú de Quito a Potosí, Lima y Cuzco’.¹⁰

Entre los tantos soldados indígenas que pelearon bajo el mando de Belgrano, la figura de Juana Azurduy (c. 1781-1862) es extraordinaria. Esta mestiza de Chuquisaca (Sucre, Bolivia) nació en el año 1780 y recibió la educación básica de convento. José Urquidi escribe que esto despertó su ‘alma varonil’. En vez de leer historias sobre piedad, argumenta que ella prefería aprender sobre las exploraciones de héroes de la caballería y de las Cruzadas. Dejó el convento, se casó con Manuel Padilla en 1805 y tuvieron varios hijos (Urquidi 1918: 32-33, 35-38). Padilla y Azurduy eran fieles seguidores del movimiento de independencia, y juntaban armas y dinero para la causa. Padilla se enlistó en el ejército de Belgrano que perdió la batalla de Chuquisaca en enero

de 1811. Luego se escapó y llevó a su familia a la ciudad de La Laguna. Cuando Belgrano regresó a Potosí en 1814 para reagruparse luego de varias derrotas, Padilla reunió a un ejército de 10.000 hombres para ayudarlo. Los soldados indígenas en su mayoría estaban armados y equipados de manera pobre. Urquidi afirmó que Azurduy estaba cansada de ver los sacrificios de Padilla y del sufrimiento de sus ausencias prolongadas y decidió convertirse en su *compañera* en el peligro y en la gloria. De allí en adelante Azurduy participó activamente de las campañas y finalmente lideró su propia legión de soldados hombres, ‘Los Leales’. Usaba una chaqueta roja distintiva y tenía una guardia personal de unas veinticinco ‘Amazonas’, mujeres especialmente entrenadas que peleaban a su lado. La referencia a las ‘Amazonas’ mostró respeto por estas mujeres soldado. Parece que Azurduy había sido una líder carismática, que con su entusiasmo y valentía se ganó el respeto de sus tropas. Urquidi sostiene que ella los guiaba como un comandante y los amaba como una madre. Era la primera en entrar al campo de batalla y la última en salir, y curaba y animaba a los heridos (Urquidi 1918: 45-48). Juan Pablo Echagüe manifiesto que su poder ‘varonil’ y su gracia femenina le permitieron inspirar a las tropas y a confortarlos y consolarlos; por otra parte era sólo otro caudillo local que entendía la preocupación de sus soldados y conocía la tierra y el clima (Echagüe 1947: 72-79).

‘Los Leales’ lucharon en diecisésis batallas bajo el mando de Azurduy. Belgrano le obsequió una espada en reconocimiento a sus esfuerzos y la recomendó para una orden de mérito por su participación en la conquista del Cerro de la Plata (Urquidi 1918: 47-48).¹¹ El 5 de septiembre de 1814, ella personalmente capturó un estandarte de la monarquía y el 3 de marzo de 1816 encabezó un contraataque contra el General Santos la Hera, en el que mató a quince hombres y, habría perseguido a caballo a otros que trataban de escapar (Pérez Godoy 1948: 33-37). El 13 de agosto de 1816 Antonio Berruti le escribió a Belgrano elogiendo el ‘varonil esfuerzo y bizarría de la amazona doña Juana Azurduy’ y le recomendó que ‘esta virtuosa americana’ sea premiada con el rango de teniente coronel (Urquidi 1948: 106). Al recordar el mito de las Amazonas Berruti destacó la importancia de Azurduy en la causa de la independencia. Por otra parte no estaba haciendo una argumentación retrospectiva de sus méritos y de sus habilidades para la pelea, sino que lo registraba en un documento del momento. También basaba su valoración en lo que ella había hecho y la contribución que continuaba haciendo.

Participar en combate le confirió honor a Azurduy, pero no evitó la tragedia personal. En septiembre de 1816 las tropas de la patria sufrieron una terrible derrota en la batalla de La Laguna. En el campo de batalla quedaron 600 cuerpos y los realistas fueron en busca de Azurduy y Padilla. Encontraron a Padilla y le dispararon dos veces a corta distancia, matándolo al instante. Luego capturaron y mataron a una mujer vestida con una chaqueta roja, dando por sentado que era Azurduy; ambos cuerpos fueron desmembrados exhibiendo sus cabezas en la entrada de La Laguna (Urquidi 1918: 121-24). Tal tratamiento es un testimonio grotesco del respeto que le tenían los realistas a Azurduy. Este castigo era una práctica habitual, pero muestra que ella era considerada

digna del castigo de un hombre. Sin embargo la mujer que habían capturado no era Azurduy sino una de sus guardias. Azurduy fue herida gravemente pero continuó luchando para vengar la muerte de Padilla. Nunca más usó su chaqueta roja, sino que se vestía de negro, en parte para no ser identificada, pero también como signo aparente de su duelo (Echagüe 1947: 78).

La historia de Azurduy ofrece varias líneas de indagación para futuras investigaciones: se puede decir que siguió a su marido a la batalla, pero esto no explica por qué tomó un papel tan destacado en la lucha física. Debió darse cuenta de las posibles consecuencias de tales acciones: Chuquisaca había visto demasiada sangre derramada en la rebelión de Túpac Amaru, y aunque terminó antes de su nacimiento, Azurduy pudo haber escuchado historias sobre las muertes escalofriantes de sus protagonistas, incluyendo la ejecución y desmembramiento de Micaela Bastidas, un destino que pudo haber sido el suyo si no hubiese sido por una confusión de identidad. ¿Qué llevó a Azurduy a convertirse en soldado? ¿Se inspiró en el proyecto de Belgrano de crear un imperio independiente gobernado por los descendientes de los Incas? ¿Sus orígenes relativamente humildes facilitaron su participación en las luchas? ¿Por qué en una sociedad patriarcal y racista los hombres aceptaron su autoridad? Lo que la historia de Azurduy demuestra es que el rol de algunas mujeres en la lucha por la independencia fue más que pasivo. En esos tiempos inciertos, la guerra ofreció oportunidades a las mujeres para buscar la iniciativa, y en este caso aunque sea por un tiempo, hombres y mujeres por igual reconocieron el mérito de Azurduy.

Fue una mujer extraordinaria, pero no fue la única, ni tampoco la única a la que alabó Belgrano. El caso de Juana de la Patria, una esclava de Potosí, parece confirmar un patrón de movilización de mujeres de los sectores bajos de la sociedad. En 1813 trabajó como espía para las tropas patriotas e informó a Belgrano que un grupo de realistas en Potosí estaba controlando los movimientos de los patriotas. Como recompensa, Belgrano ordenó que la liberaran de la esclavitud. En este caso los motivos de Juana de la Patria no son difíciles de determinar ya que su dueño estaba entre los que denunció (Blanchard 2004: 3).

Sin embargo otras evidencias contradicen cualquier conclusión claramente delineada sobre las razones sociales y económicas de la participación de las mujeres. Mujeres de diversas regiones y de distintos orígenes participaron en la causa de la independencia. Por ejemplo, María Remedios del Valle, de Buenos Aires, también luchó en el ejército de Belgrano. Se unió a las tropas en las provincias del norte con su esposo y dos hijos y combatió en distintas batallas. Mataron a su esposo e hijos, y ella resultó herida en Ayohuma. Fue capturada por los realistas que la azotaron por nueve días consecutivos en un lugar público. Se las arregló para escapar y se reincorporó al ejército, donde continuó peleando y trabajando como enfermera (Sosa de Newton 1986: 653). Gertrudis Medeiros de Fernández, que provenía de una de las familias más poderosas de Salta, donó su fortuna a la causa de la independencia. Su marido fue asesinado luchando por los patriotas en 1811 (Carranza 1910: 148-49). Fue arrestada en Salta pero pudo trabajar como espía sacando de contrabando las noticias sobre los movimientos de los realistas

antes de escapar y huir a Tucumán. El 18 de marzo de 1818 Belgrano la describió como una ‘distinguida y benemérita hija de la patria’ (Sosa de Newton 1986: 401). Martina Silva de Gurruchaga le dio alojamiento a Belgrano en su casa y contribuyó con uniformes y armas para las tropas de la independencia. En la noche antes de la batalla de Salta, le dio armas a los ciudadanos, un acto que contribuyó a la victoria. Hizo una bandera y se la entregó a Belgrano, quién la recibió, según se cree, con las siguientes palabras: ‘Señora, si en todos los corazones americanos existe la misma decisión que en el vuestro, el triunfo de la causa porque luchamos será fácil’. En 1813 le dio el título honorario de ‘Capitana del ejército’ (Carranza 1910: 148-49). Evidentemente Belgrano valoraba el apoyo financiero de las mujeres para sus tropas, así como también sus habilidades directas para la pelea. Gregoria Pérez Laramendi, que venía de una familia adinerada de Santa Fe y a quien Mitre describió como de ‘mediana fortuna’ (Mitre 1940, VI: 350), le envió una carta a Belgrano comprometiéndose a apoyar la causa de la independencia y poniendo a su disposición su fortuna, tierras y sirvientes para su campaña del Paraguay (Carranza 1910: 155). La respuesta de Belgrano todavía sobrevive: ‘Ha conmovido todos los sentimientos de ternura y gratitud de mi corazón, al manifestarme los tuyos tan llenos del más generoso patriotismo. La Junta colocará a Vd. en el catálogo de los beneméritos de la patria, para ejemplo de los poderosos que la miran con frialdad’ (Belgrano 1914: 102).

Dada la valentía de mujeres de alto rango social y la gratitud demostrada por Belgrano, se podría esperar que muchas mujeres recibieran honores y elogios después de que se lograra la independencia. Sin embargo, se ignoró a las mujeres incluso en estos casos de activismo, después de haber servido a su propósito. Juana Azurduy se asentó en Salta, Argentina, hasta 1825, cuando regresó a su lugar de nacimiento. Ese año, Simón Bolívar la recompensó con una pensión de 60 pesos por mes durante dos años. Ella apeló al General Sucre, quien estuvo de acuerdo con que se le debería pagar de por vida. Pero las políticas internas y el caos económico que siguió a la independencia, hicieron que ella nunca recibiera su pensión. El 26 de mayo de 1862 Azurduy murió en la pobreza y fue enterrada en el Cementerio General. Todavía no se conoce la trama exacta (Pérez Godoy 1948: 36-37; Urquidi 1918: 134-43). Gertrudis Medeiros solicitó sin éxito una pensión después de la independencia, pero como Azurduy, murió en la pobreza (Sosa de Newton 1986: 401). Como notó Peter Blanchard, seis años después de que Belgrano ordenara su liberación, Juana de la Patria todavía no había obtenido su libertad (Blanchard 2004: 3). En 1827 María Remedios del Valle mendigaba comida en los conventos. El General Viamonte tomó su causa y obtuvo un salario para ella (como capitán de infantería), pero el clima político impidió que lo recibiera. Ella continuó mendigando para sobrevivir y murió anciana y olvidada (Knaster 1977: 505).

Sin embargo, aunque para la reciente sociedad independiente fue difícil reconocer a las mujeres que habían peleado y colaborado en la lucha contra España, las generaciones posteriores mostraron su gratitud. El aeropuerto de Sucre hoy se llama Juana Azurduy de Padilla y la calle Azurduy se encuentra entre una de las principales de la capital. Dos calles en Buenos Aires y Santa Fe se llaman Gregoria Pérez Laramendi y otra María

Remedios del Valle (Sosa de Newton 1986: 65, 490). Este reconocimiento póstumo indica el cambio de actitudes hacia las mujeres con el paso del tiempo. ¿Qué fue de las actitudes de los hombres que lideraron los estados en las repúblicas hispanoamericanas nacientes? La muerte inoportuna de Belgrano en 1820 le impidió participar en la formación de la Argentina independiente, pero José de San Martín pudo aprovechar la oportunidad para promulgar algunas de sus ideas. Por eso, es conveniente analizar sus acciones para observar evidencia del alcance de su estima con respecto a la participación de las mujeres en la causa de la independencia.

La Orden del Sol de San Martín

El proceso complejo de la independencia hispanoamericana era particularmente evidente en Perú. De hecho, en ocasiones la capital colonial, Lima, donde los lazos entre la élite criolla y España eran muy fuertes, estaba en desacuerdo con el resto de Perú durante las Guerras de la Independencia. San Martín, un argentino, hizo el primer llamado a la independencia en Trujillo, una ciudad del norte. Luego levantó campamento en las afueras de Lima y se quedó allí durante un año, con el propósito de convencer a los leales de que unirse a los patriotas los favorecería. De acuerdo con John Lynch, San Martín estaba decidido a no derramar innecesariamente la sangre americana para obtener la independencia (Lynch 1973: 174). Al quedarse fuera en vez de invadir, salvó a Lima de una destrucción innecesaria, y tuvo una cálida bienvenida cuando entró en la ciudad el 28 de julio de 1821 luego de su triunfo.

Al tomar esta postura de esperar hasta persuadir a los *limeños* a unirse en paz, San Martín reveló ser constructor de naciones, además de opositor de los españoles. Recibió el título de ‘Protector’ más que el de ‘Libertador’, aunque esto pudo haber sido para evitar enfrentamientos con Simón Bolívar, lo que indica que intentaba tomar un rol más compasivo y menos militar en la república independiente. San Martín tenía ambiciones de crear una América unida y libre del control europeo (Martínez Riaza 1985: 46, 67). El espíritu de esperanza y de cambio presente en Lima durante su primer mes de independencia, se ve reflejado en las páginas del diario del gobierno, la *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*. El sentido de optimismo y orgullo es evidente particularmente desde 1821 hasta julio de 1822, e indica las ambiciones creativas de San Martín y de su colega argentino Bernardo Monteagudo, mientras construían nuevas instituciones y recompensaban a los que habían trabajado por la causa de la independencia. Aunque ninguno de los dos era capaz de controlar el curso de la independencia peruana (San Martín se retiró de la milicia en 1822 y Monteagudo fue asesinado en 1825), es posible que pretendieran extender sus planes para Lima al resto de las repúblicas emergentes. Ciertamente, algunas organizaciones peruanas se parecían a las argentinas. En 1822 Monteagudo fundó la Sociedad Patriótica de Lima compuesta por hombres, basada en una sociedad similar de Buenos Aires. Sus opiniones se

Divulgaban en el diario *El Sol del Perú* que se publicó desde marzo hasta junio de 1822 (Romero de Valle 1966: 214, 302; Martínez Riaza 1985: 50-51).

Una de las pocas herramientas a través de las cuales podemos analizar la actitud de San Martín hacia las mujeres es su Orden del Sol, que se estableció el 8 de octubre de 1821 en Lima para retribuir el mérito civil y militar en la lucha por la independencia. Se tomó como modelo la Legión de Honor de Francia (Lynch 1973:180).¹² Los beneficiarios debían nominarse para tres tipos de distinciones: *fundadores, beneméritos, y asociados*. Aquellos que fueran admitidos en la Orden recibían una pensión y debían jurar dedicar sus vidas y sus riquezas a defender las libertades peruanas, mantener el orden público y apoyar el bienestar general de América. Todos recibían medallas (de oro para las primeras dos clases y de plata para la tercera). Se podían elegir hombres y mujeres para la nominación, y se sugirieron 256 nombres de hombre y 112 de mujeres en la primera reunión (Sutcliffe 1841: 56). (Para la lista de todas las mujeres que recibieron este premio ver *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*, 23 de enero de 1822: 3-4). Este es un porcentaje considerable de mujeres, y en unos pocos meses, ese número había ascendido a 180. Aunque no se encontró ningún registro de cómo se realizaba el proceso de nominación, es importante y no tan sorprendente el hecho de que muchas de las primeras mujeres beneficiarias habían ayudado directamente a San Martín. En realidad, el 1 de julio de 1821, San Martín se refirió a las mujeres de Lima reconociendo su sufrimiento como esposas, hijas y hermanas, pero también advirtió su amor por su país y el rol que tuvieron en la lucha por la independencia (Pérez Vila 1983, 3 de enero de 1822: 33). Al establecer la Orden, San Martín de nuevo hizo especial referencia a las mujeres, el 11 de enero de 1822 proclamó:

El sexo más sensible naturalmente debe ser el más patriota: el carácter tierno de sus relaciones en la sociedad, ligándolo más al país en que nace, predispone doblemente en su favor todas sus inclinaciones. Las que tienen los nombres expresivos de madre, esposa, o hija no pueden menos de interesarse con ardor en la suerte de los que son su objeto. El bello sexo del Perú cuyos delicados sentimientos relevan sus atractivos, no podía dejar de distinguirse por su decidido patriotismo, al contemplar que bajo el régimen de bronce que nos ha precedido, sus caras relaciones en general solo servían para hacerle sufrir mayor numero de sinsabores de parte de los agentes de un gobierno, que a todos hacían desgraciados a su turno. Ya que estos días de aflicción universal no volverán jamás para nosotros, el gobierno que desea distinguir el merito de toda persona cuyo corazón ha suspirado sinceramente por la Patria, acaba de expedir el decreto que sigue:

Las patriotas que más se hayan distinguido por su adhesión a la causa de la independencia del Perú usaran el distintivo de una banda de seda bicolor, blanca y encarnada que baje del hombro izquierdo al costado derecho donde se enlazara con una pequeña borla de oro, llevando hacia la mitad de la misma banda una medalla de oro con las armas del estado en el anverso, y esta inscripción en el reverso: Al patriotismo de las más sensibles. (*Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*, 4 de enero 12. 1822: 3)

Al remarcar la contribución de las mujeres en la independencia, San Martín se alejaba notablemente de las conductas previas hacia ellas. Al incluirlas en los primeros

premios que se entregaron en la nueva república, destacó que su contribución no se logró por adoptar atributos tradicionalmente masculinos como la agresión, sino alineándose con los femeninos (sensibilidad, ternura, belleza) motivadas por el amor familiar. No las describió como inadaptadas sociales, sino como mujeres que habían trabajado para el bien de sus sociedades. Por lo tanto los atributos femeninos tradicionales fueron reconocidos por ser tan valiosos para el proceso de construcción nacional como los masculinos.

Ciertamente tenía razones para elogiar a las mujeres de Lima. Como se ve claramente en los registros, muchas mujeres de esa ciudad contribuyeron a la causa patriótica, mandando mensajes, trabajando como espías y repartiendo propaganda (Balta 1998; Basadre 1981; Cuneo Vidal 1978; García y García 1924; Guardia 1985; Knaster 1977; Neuhaus 1997; Parra de Riego 1935). Varias mujeres beneficiarias de la Orden del Sol pertenecían a familias importantes que le dieron la bienvenida a las tropas de San Martín en la capital mostrando la importancia que él puso para lograr la transición pacífica a la independencia. Las mujeres que recibieron la Orden del Sol tenían que ser nominadas, lo que excluía automáticamente a aquellas que tenían menos conexiones, que actuaban en el anonimato o disfrazadas, y ya que se le otorgaba a personas vivas, también excluía a las que habían muerto en el transcurso de su trabajo.

Este premio de ninguna manera estaba restringido a los miembros de la élite que agasajaron al ejército victorioso: al explicar la vida de algunas de las mujeres que recibieron el premio, se revelan las muchas formas en que las mujeres de diferentes clases sociales se sumaron a la lucha contra los realistas. Brígida Silva de Ochoa por ejemplo, envió mensajes para San Martín de 1819 a 1820. Ella comenzó a incursionar en la política luego de que los realistas arrestaran a dos de sus hermanos (Balta Campbell 1998: 28). Su hijo mayor, Manuel, se unió al ejército español, que tenía base en las barracas de Santa Catalina, y donde uno de sus hermanos, Remedio estaba detenido. Con el pretexto de visitarlo, Silva de Ochoa pasaba información desde y para Remedio y los otros prisioneros para mantenerlos al tanto de los eventos que ocurrían afuera, y aunque no era una mujer de mucho dinero, los proveía con comida y ropa (García y García 1924: 211-14; Balta Campbell 1998: 28). No se sabe si Manuel, el hijo de Silvia de Ochoa era cómplice, pero este caso muestra que las familias comunes estaban divididas, y que a veces esta lealtad dividida se aceptaba como norma: evidentemente ella podía visitar a ambos, su hijo realista y su hermano patriota sin levantar sospechas.

Otras beneficiarias de la Orden del Sol fueron las ecuatorianas Rosa Campusano (c. 1798-c. 1860) de Guayaquil y Manuela Sáenz nacida en Quito. En 1817 Campusano se mudó a Lima, y dos años después lo hizo Sáenz con su esposo James Thorne (Carvajal 1949: 41-43). Las dos mujeres participaban de reuniones de rebeldes y repartían propaganda. Campusano hospedaba las *tertulias* pro independencia para la juventud de Lima en calle San Marcelo (Estrada 1984: 48-50). Como Silva de Ochoa, Campusano también socializaba con los realistas y mantenía tertulias políticas y literarias a las que asistía el Virrey La Serna. Así Campusano le enviaba noticias políticas a San Martín a las que accedía en estas reuniones (Neuhaus 1997: 117, 121, 122, 125). También trataba

de convencer a los realistas a unirse a la causa patriótica, como lo hizo notablemente con Tomás de Heres, perteneciente al Batallón Numancia compuesto por 900 hombres (Estrada 1984: 48-50).

Las mujeres apoyaban la causa de la independencia de forma abierta o en secreto. Manuela Estacio estaba involucrada en varios proyectos de conspiración. Como Campusano, trataba de convencer a los oficiales realistas para que se unieran a los patriotas, y trabajaba para liberar a las personas que habían sido encarceladas por sus creencias liberales. Esta acción llevó a que el Virrey Pezuela la encerrara en prisión. Parece ser que obtuvo su libertad posiblemente cuando el absolutista Pezuela fue destituido por realistas liberales en enero de 1821; más tarde trabajó como espía, e informaba a San Martín quién acampaba en las afueras de Lima (García y García 1924: 215-16). Se cree que Josefa Carrillo, la Marquesa de Castellón, perteneciente a la nobleza, conspiró abiertamente contra el Virrey al enviar y recibir mensajes e información de los rebeldes. Además usó sus influencias para convencer a otras personas de la alta sociedad para apoyar a San Martín. Cuando el Protector entró en Lima, denominó a la marquesa ‘prócera de la Independencia’. Carrillo, destacada por su belleza y talento, fue decisiva en las celebraciones post-independencia y trabajó como diplomática extraoficial para obtener apoyo del exterior (Parra de Riego 1935: 249; García y García 1924: 231-32). Andrea de Mendoza, la Marquesa de Casa Dávila, tenía salones aristocráticos en Lima e invitó a San Martín a una recepción después de entrar a la ciudad. Esta acción rompió la frialdad que muchos en la nobleza tenían hacia San Martín y sus tropas (García y García 1924: 290). Narcisa Arias de Saavedra y Lavalle estaba entre las que recibieron a las tropas (de San Martín). Durante las Guerras de la Independencia, estableció un hospital en su casa de Lima donde también almacenaba comida para los patriotas (Parra de Riego 1935: 250; García y García 1924: 280-81). Camila Arnao le escribió a San Martín bajo el nombre de ‘Las Patriotas’, un grupo de mujeres de Lima que ofrecían sus servicios como soldados en la causa de la independencia. Las mujeres se comprometieron a hacerse cargo de los hombres agotados por la pelea. Esta carta fue interceptada y llegó a manos del Virrey. Arnao y muchas otras mujeres que habían firmado fueron encarceladas y luego transferidas para trabajar en un hospital (García y García 1924: 248, 292).

No todas las mujeres que recibieron el premio estaban directa o indirectamente conectadas a San Martín. Manuela Carbajal de Ica, Perú donó casi toda su fortuna a la causa de la independencia y durante la ocupación de los realistas en Ica, pasaba información en secreto a los patriotas. Los realistas publicaron una orden de arresto para Carbajal, pero ella se escondió y trabajó como espía (García y García 1924: 246-47). Petronila Carrillo de Albornoz de Lima (posiblemente relacionada con Josefa Carrillo, la Marquesa de Castellón) escribió poemas incitando a las madres a unirse a la lucha por la independencia junto con sus esposos e hijos. Mantenía *tertulias* en las cuales las mujeres de la élite discutían temas de revolución y donaban dinero y joyas a la causa. Al mismo tiempo se mezclaba en círculos españoles, trabajando como espía, aparentemente usando su belleza y su astucia para obtener información para los insurgentes (Balta

Campbell 1998: 23-27). No todas las mujeres que recibieron el premio eran jóvenes y hermosas: María Hermenegilda de Guisla, con la ayuda de su sobrina María Simona de Guisla y Vergara impulsaba a jóvenes revolucionarios a reunirse en su casa de Lima. Usó su edad para desviar sospechas, se reunía con españoles de la clase alta durante el día y relataba sus noticias a los insurgentes por la noche (Balta Campbell 1998: 24). Estos son sólo algunos ejemplos de mujeres educadas, cultas y relacionadas con las clases altas que trabajaron por la causa de la independencia. Muchas de ellas lo hacían desde su casa, y las usaron para camuflarse y engañar a las autoridades españolas. Sin embargo al hacerlo se extendieron más allá de su área de influencia para convertirse en actores del mundo público de la política.

Andrea de Mendoza fue una leal seguidora de San Martín y luego leal a Bolívar (García y García 1924: 290). Pero, ¿qué pasó con esas mujeres cuando los realistas recuperaron Lima en 1822, y qué fue de aquellas que fueron cercanas a San Martín y sin embargo no apoyaron a Bolívar cuando finalmente derrotó a los realistas en la batalla de Ayacucho? Elvira García y García ofrece una posible explicación de cómo algunas pueden haber sobrevivido. Mercedes Nogareda fue una de las primeras encarceladas por pasar mensajes en secreto a los patriotas y, así como Camila Arnao, la transfirieron de la prisión para trabajar en un hospital.

Se las arregló para escaparse del hospital y, según García y García, siguió pasando correspondencia en Lima protegida por la obscuridad, ya que era difícil distinguir una mujer de otra (García y García 1924: 250). Aquí García y García hace referencia a las *tapadas*: la ropa tradicional de saya y manto, detrás de la que las mujeres podían esconder su identidad. Basil Hall, un inglés que viajó a Perú en los años 1820 ofrece una imagen real:

Para nosotros, que tomábamos las cosas como se presentaban, la saya y el manto aportaban entretenimiento y en ocasiones poca irritación. A veces ocurría que las mujeres, que nos hablaban en la calle aparentemente nos conocían bien, pero nosotros no podíamos reconocerlas, hasta que supuestamente alguna insignificante observación de la compañía traicionaba a las Tapadas (como se hacían llamar). Las mujeres de las clases altas se daban el gusto de participar, y usaban la saya más pobre, o se encorvaban y empleaban cualquier artificio para lograr un disfraz perfecto. Yo mismo conozco a dos jóvenes mujeres que engañaron completamente a su hermano y a mí, aunque éramos conscientes de que a ellas les gustaban esas travesuras, e incluso yo tenía algunas sospechas en ese momento. Sin embargo su habilidad superior era más que el razonamiento de su hermano o para mis sospechas, y por eso nos engañaron totalmente y nos despistaron de tal forma que casi no podíamos creerlo cuando, después de un tiempo, decidieron revelarnos su identidad. (Hall 1840: 23)

Las mujeres más prominentes tenían que esconderse en lugares más seguros y los conventos comúnmente se usaban como refugios o prisiones, dependiendo de la orientación de cada institución. Los números podían ser importantes. En un ejemplo extremo, unas 1400 personas se refugiaron en el convento de San Francisco, Barcelona, Venezuela que luego defendieron las tropas patriotas (N.A. 1964: 19-21; Knaster 1977:

479-80). Otras mujeres simplemente se escapaban: Rosa Campusano decidió irse de Lima en 1822. Su posición quizás era menos segura que la de otras mujeres que habían nacido en la ciudad; pudo haber sido que como era relativamente nueva, se sentía más libre para irse, o sentía que al estar muy ligada a San Martín era un riesgo permanecer luego de que él abandonara la ciudad hacia Guayaquil (Guardia 1985: 48).¹³ Esta unión no le trajo ningún daño permanente: Campusano es de un grupo singular de mujeres a las que el gobierno de Perú les dio una pensión modesta (Estrada 1984: 48-50) y su nombre está incluido en un monumento a la independencia en Quito. Es la única mujer que se nombra en la placa; el nombre de Manuela Sáenz nacida en Quito es una omisión notable.

Sáenz (1793-1856) también abandonó Lima durante la reocupación realista y asumió un rol más activo en la lucha contra España. Se convirtió en la amante de Bolívar en 1822 y participó en las batallas de Junín y Ayacucho (ver Capítulo 2). Fue ascendida a capitán luego de la batalla de Junín. El 6 del agosto de 1824 Bolívar, en calidad de oficial, le escribió desde el cuartel general en Junín y afirmó:

En consideración a la Resolución de la junta de Generales de División, y habiendo obtenido de ellos su consentimiento y alegada su ambición personal de usted de participar en la contienda; visto su coraje y valentía de usted de su valiosa humanidad en ayudar a planificar desde su columna las acciones que culminaron en el glorioso éxito de este memorable día; me apresuro, siendo las 16:00 horas en punto, en otorgarle el Grado de Capitán de Huzares. (Álvarez 1995: 80)

Bolívar se esforzó en señalar que la decisión de nombrarla capitán no era sólo su idea. De hecho el 10 de diciembre de 1824, luego de la batalla de Ayacucho, el Mariscal Antonio José de Sucre le escribió a Bolívar recomendando a Sáenz para un futuro ascenso:

Se ha destacado particularmente Doña Manuela Sáenz por su valentía; incorporándose desde el primer momento a la división de Huzares y luego a la de Vencedores, organizando y proporcionando el avituallamiento de las tropas, atendiendo a los soldados heridos, batiéndose a tiro limpio bajo los fuegos enemigos; rescatando a los heridos. La Providencia nos ha favorecido demasiadamente estos combates. Doña Manuela merece un homenaje particular por su conducta; por lo que ruego a S.E. le otorgue el Grado de Coronel del Ejército Colombiano. (Álvarez 1995: 85)

Por supuesto, algunas mujeres no podían escapar al castigo y, como en el caso de Mariana Echevarría de Santiago y Ulloa, el estatus económico no siempre las protegía. Echevarría se casó con un miembro de la aristocracia, el Marques de Torre Tagle, gobernador de la provincia de La Paz de Bolivia, un general de brigada del ejército realista y posterior gobernador de Trujillo, Perú. En un movimiento que Lynch describió como ‘políticamente engañoso’ (Lynch 1973: XXI), el Marques de Torre Tagle se cambió de bando luego de reunirse con San Martín en 1820 en Trujillo. El Marques y

Echeverría se hicieron buenos amigos de San Martín y se mudaron con él a Lima. Echevarría tuvo un perfil alto en la fiesta para celebrar la independencia de Perú en 1821. Según García y García, ella tomó el brazo de San Martín y ‘con la majestad de una reina’ actuó como anfitriona (García y García 1924: 262). Ella y el Marqués fueron premiados con la Orden del Sol, y cuando San Martín se fue hacia Guayaquil para encontrarse con Bolívar dejó al Marques de Torre Tagle al mando del poder ejecutivo en su ausencia, con Monteagudo como Ministro de Relaciones Exteriores. Pero el control de San Martín sobre Lima era provisorio. En su ausencia, la élite de Lima se volvió en su contra, derrocaron a Monteagudo y atacaron a Torre Tagle. San Martín renunció en 1822 y se fue a Europa. Torre Tagle se quedó en Lima y en enero de 1824 con la ciudad en caos y Bolívar gravemente herido, Torre Tagle, a quien Lynch luego describió como un ‘oportunista débil y confundido’, otra vez cambió de bando, junto con los comandantes de Lima y unos 300 oficiales de la armada (Lynch 1973: 268). Pero Bolívar se recuperó y reagrupó sus tropas al norte de Lima.

La familia Torre Tagle se escondió durante un tiempo en el Convento de las Descalzas antes de intentar irse de Perú por el puerto de Callao. Los detuvo la fuerza realista, quien les ofreció refugio en España si ellos reconocían al virrey como líder legítimo de Perú. Sin embargo el Marqués se rehusó y la familia fue encarcelada (García y García 1924: 262-63). Echeverría murió poco después, seguida por el Marqués y todos excepto dos de sus hijos (Clement 1979: 129; García y García 1924: 263-64). Carlos Parra de Riego afirma que Echeverría fue perseguida por el rencor de Bolívar quien no pudo perdonar su apoyo a San Martín (Parra de Riego 1935: 250). También tal vez hay otra razón: en su juventud Echeverría estuvo casada con Demetrio O'Higgins, el Marqués de Osorno, un familiar de Bernardo O'Higgins. Bernardo también estaba estrechamente relacionado con San Martín, y fue obligado a renunciar a su cargo como gobernador de Chile en 1823. En este caso por lo menos, las conexiones con la alta sociedad demostraron ser una desventaja más que un acierto.

Los Torre Tagle parecen haber sido una excepción, sin embargo la mayoría de las mujeres que fueron reconocidas por San Martín permanecieron en sus casas en Lima durante la reocupación realista y fueron testigos de la victoria eventual de Bolívar a fines de 1824. El hecho de que fueran mujeres les dio la protección suficiente durante el breve regreso de los realistas al poder. Simplemente había demasiados oponentes para los realistas y estas mujeres no debían haber sido una prioridad. Sin embargo, como sus nombres habían sido publicados en los periódicos oficiales, es lógico suponer que, una vez que los realistas triunfaron sobre los patriotas, se debe haber castigado y exiliado a las mujeres al igual que las mujeres de Bogotá en 1816.

Por supuesto es imposible determinar los motivos de San Martín para premiar específicamente a tantas mujeres, pero su actitud sugiere que, al tener la oportunidad, puede haber promovido mayor participación de las mujeres en la organización de las nuevas repúblicas. La revisión de la estrategia de San Martín de abolir la esclavitud puede brindar un enfoque sobre los cambios fundamentales en la estructura de la sociedad. Blanchard notó que en agosto de 1821 San Martín se embarcó en una misión

para terminar con la esclavitud en Perú y con el tráfico de esclavos, pero al hacerlo se esforzó en evitar especificar una fecha para la abolición. San Martín le dio tiempo a los dueños de los esclavos para ajustarse a las nuevas circunstancias, al igual que en que cuando acampó en las afueras de Lima para alcanzar una transición pacífica hacia la independencia. En el caso de la abolición de la esclavitud las tácticas de San Martín también dieron tiempo para crear leyes para la protección de los esclavos y especialmente a sus hijos, que iban a ser educados y cuidados por los que habían sido los amos de sus madres. Como señala Blanchard, los motivos de San Martín podían cuestionarse ya que en el pasado había demostrado poca comprensión pro-abolición, y su objetivo pudo haber sido ganar el apoyo de los esclavos para la independencia (Blanchard 1992: 6-10). Sin embargo con el propósito de establecer sus actitudes hacia las mujeres, las razones de San Martín importan menos que sus acciones. No sólo legisló para asegurar la abolición de la esclavitud, sino que lo hizo de tal manera que no se pudiera revertir. Notablemente, parte de la ley que liberaba a los esclavos *libertos*, de ambos sexos, establecía que obtendrían todos los derechos ciudadanos a la edad de 21 años (Blanchard 1992: 8). En este caso las mujeres se trataban por igual. Mientras que esto pudo haber sido más una cuestión anti-esclavitud que una indicación hacia las mujeres en general, el hecho de que San Martín haya prometido a las antiguas esclavas su ciudadanía completa indica que les ofrecía más que la libertad de una vida de servidumbre que trasciende a la emancipación. Al ampliar el análisis más allá del tema de la esclavitud, la inclusión de tantas mujeres en la Orden del Sol sugiere que San Martín por lo menos les da un grado de reconocimiento a las mujeres, si no igualdad política. Quizás estaba preparando el escenario para que las mujeres tengan roles más importantes.

El destino de la Orden del Sol ayuda a clarificar por qué el rol de las mujeres en la lucha por la independencia tardó tanto en ser reconocido: se suspendió el 9 de marzo de 1825 porque se decía que aquellos que lo recibieron lo usaban como un privilegio.¹⁴ Esto parece confirmar la idea de que fue una iniciativa de San Martín, más que un premio que Bolívar garantizó, y podría indicar la determinación de Bolívar de no crear una nueva oligarquía que estuviera más de acuerdo con San Martín que con él mismo.

Mujeres patriotas de Nueva Granada

La contribución de las mujeres a la causa de la independencia era particularmente fuerte en Venezuela y Colombia; además sus esfuerzos eran reconocidos y bienvenidos por los hombres patriotas. El 18 de octubre de 1811 por ejemplo, veintiuna mujeres de la provincia de Barinas, Venezuela, firmaron la ‘Representación que hace el bello sexo al gobierno de Barinas, en nombre de las demás de su sexo’, y se ofrecían a enlistarse en el ejército de la república:

No ignoran que V.E., atendida la debilidad de su sexo, acaso ha procurado eximirnos de las fatigas militares: pero sabe muy bien V.E. que el amor a la patria vivifica a entes más desnaturalizados y no hay obstáculos por insuperables que no venza. Nosotras, revestidas de un carácter firme y apartando a un lado de flaqueza que se nos atribuye, conocemos en el día los peligros a que está expuesto el país; el nos llama a su socorro y sería una ingratitud negarle unas vidas que sostiene. El sexo femenino, Señor, no teme los horrores de la guerra: el estallido del canon no hará más que alentarle: su fuego encenderá el deseo de su libertad, que sostendrá a toda costa en obsequio del suelo Patrio. En esa virtud y deseando alistarse en el servicio para suplir el defecto de los Militares que han partido a S. Fernando, suplican a V.E. se sirva tenerlas presente y destinárlas a donde parezca conveniente, bajo el supuesto de que no omitirán sacrificios que conciernen a la seguridad y defensa. (Pérez Vila 1983. 5 de noviembre de 1811: 3-4)



Fig. I Policarpa Salavarrieta, 'La Pola' (c. 1797- Guaduas, Colombia). Fue ejecutada por los españoles el 14 de noviembre de 1817 por actividades de espionaje. Pintura al óleo de Epifanio Garay Caicedo c.1880. Museo Nacional de Colombia. Foto de Juan Camilo Segura. Publicado con el permiso del Museo nacional de Colombia.



Fig. 2 Teniente Coronel Juana Azurduy de Padilla (c.1781-1862), con sus medallas. Dirigió un batallón de hombres en campañas en Chuquisaca (Sucre), Bolivia, y Belgrano le obsequió una espada y fue recomendada para una Orden de Mérito por su ayuda en la toma del Cerro de la plata.

Fig. 3 Ana Riglos de Irigoyen (Buenos Aires 1788-1870) casada con Miguel de Irigoyen, gobernador de la provincia de Buenos Aires, 1820; cuidó de los hombres heridos y donó joyas.



Fig. 5 María (Mariquita) Sánchez de Thompson (Buenos Aires 1786-1868); casada con Martín Jacobo Thompson, un oficial de la Fuerza Aérea Real. Donó oro para la Primera Expedición de 1810. Secretaria de la Sociedad Patriótica. En 1816 se casó con el cónsul francés Washington Mandeville. Fundó la ‘Sociedad de Beneficencia’ en 1823, de la que luego fue presidenta y secretaria (1826, 1857).

Fig. 4 Tiburcia Haedo de Paz (Córdoba 1767-1839) envió a sus dos hijos al ejército. Irigoyen, Paz y Thompson apoyaron activamente la ‘Primera Expedición Libertadora’ de junio de 1810. Adolfo P. Carranza. *Patricias Argentinas*. Buenos Aires: Sociedad ‘Patricias Argentinas’ 1910.





Fig. 6 Ángela Castelli de Igarzábal (Buenos Aires 1794-1876); hija del Dr. Juan José Castelli.



Fig. 7 Carmen Quintanilla de Alvear (Jerez de la Frontera 1793-Buenos Aires 1867). En 1809 se casó con Carlos de Alvear que luchó en la guerra Peninsular, vivió en Londres, luego se mudó a Buenos Aires en 1812 y luchó por la independencia.



Fig. 8 Jerónima San Martín (Baradero 1758-1817), hija de Mariscal de Campo Juan Ignacio San Martín, suegra del General Balcarce. Con la noticia de la victoria de Chacabuco de 1817 instaló una puerta en su casa con las palabras ‘Viva la patria 1817’. Igarzábal, Alvear y San Martín eran miembros de la ‘Sociedad Patriótica’ de Buenos



Fig. 9 General José de San Martín. Adolfo P. Carranza, *Héroes de la independencia*, Buenos Aires: n.p., 1910, p. 6.



Fig. 10 General Manuel Belgrano. Carranza, *Héroes*, p 15.



Fig. 11 General Juan Lavalle. Carranza, *Héroes*, p. 32.



Fig. 12 Bernardino Rivadavia. Primer Presidente de la República Argentina, 1826-27. Carranza *Héroes*, p. 42.



Fig. 13 Juan José Carrera. Benjamín Vicuña Mackenna, *El ostracismo de los Carreras*. Santiago: Universidad de Chile, 1857, p. 163.



Fig. 14 Luis Carrera Vicuña Mackenna, *El ostracismo*, p. 165.



Fig. 15 José Miguel Carrera, *El Ostracismo*, p. 178

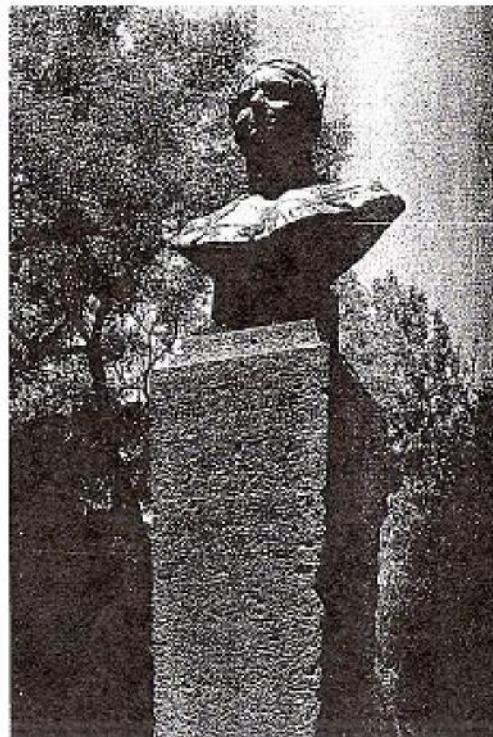


Fig. 16 Busto de (Francisca) Javiera Carrera (1781-1862), Cerro de Santa Lucía, Santiago de Chile. Foto de Claire Brewster, 2002.



Fig. 17 Ana María del Rosario Pérez Cotapos (1794-1832), Vicuña Mackenna, *El ostracismo*, p. 172. Su esposo Juan José Carrera fue ejecutado en Mendoza por O'Higgins en 1819.

En Carta buzo de 1111 instrucciones y las considero en mis
libros lo que sea Dicen de los secretos dirigirnos nos que,
muy difícil al convegirnoslos por la gente de habla castellana
que contiene esto lo incluye con certeza porque no
quiero si puedes ponerlo en sus manos, no Dijo Yo
que todas las abiras y puestas a la fiesta y rebajar
que ha veces se agraciado y desconsolado el Rey

C. H. Muller
1903

Alighted at 99th Street and 12th Avenue

Fig. 18, 19, 20 Fragmentos de una carta de Ana María Cotapos a su esposo Juan José Carreras, Santiago de Chile, 01 de junio de 1817. Archivo Nacional de Chile, Fondo Vario, vol. 137, pieza 4662. Nótese el afecto obvio (Figs. 19, 20) y el código (Fig. 18).

Mendoza diciembre 18. de 1817. T.
4679

Si apreciada amiga Javiera: tengo la
vista la estima de S. del P. Tijo, en la p. me enmangas
en medio comunico a d. todo lo q. tijo se p. de los
preciados hermanos; en verdad mi amiga que viene
escrivio a U. p. q. no sucede con mis cartas proposi-
mente la mas ligea noticia de comunica: por esto no
te m. te he escrito en dos temporas; pero no sucede con
insistente a sus desgracias, y así te explico; Tengo un
com. amiga, y como interesa en el alivio de U. y de
sus infelices padres, q. sin poder medio haga U. quanto
está a sus alcances q. hasta de q. cosa la causa de
ello a una superioridad q. intentarla, ó para con-
fiar la letraria q. los salgas; no desprecie U. q. de
consejo en un momento. Yo han concluido con la
confidencia de Luis, y como actual con T. Tom. U. no
debe ignorar q. sobre los q. han entendido en las
causas de ellos con sus enemigos capitales, y por
coniguiente se ha echo lo q. han querido.

En un anterior me dir. q. a visto contagiado
S. Martín escrita á un amigo enq. le dice:
q. q. venga á esta senda una entusiasta con
sus hermanos; desprecie U. esto y no crea tal cosa.

Muñoz estubo con el Presidente hace dos días
y decíale q. U. le tiene escrito temor de lo q.

Fig. 21 Carta de Tomasa Alonso
Gamarra a Javiera Carrera, Mendoza,
18 de diciembre de 1817, Archivo
Nacional de Chile, Fondos Varios, vol.
237, pieza 4679.

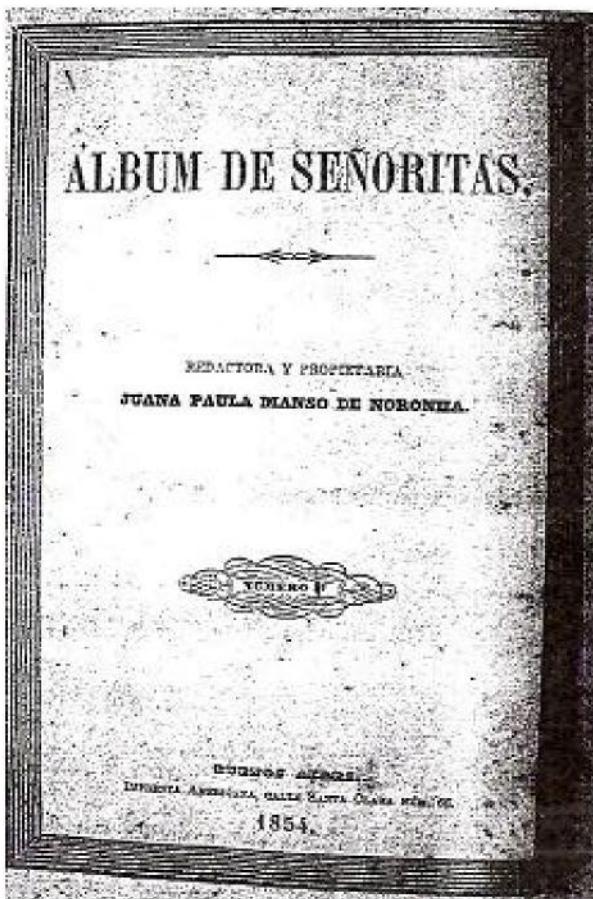


Fig. 22 *Album de las señoritas*. N° I. 1854.
Museo Mitre, Buenos Aires. Escrito y
creado por Juana Manso (1819-75).

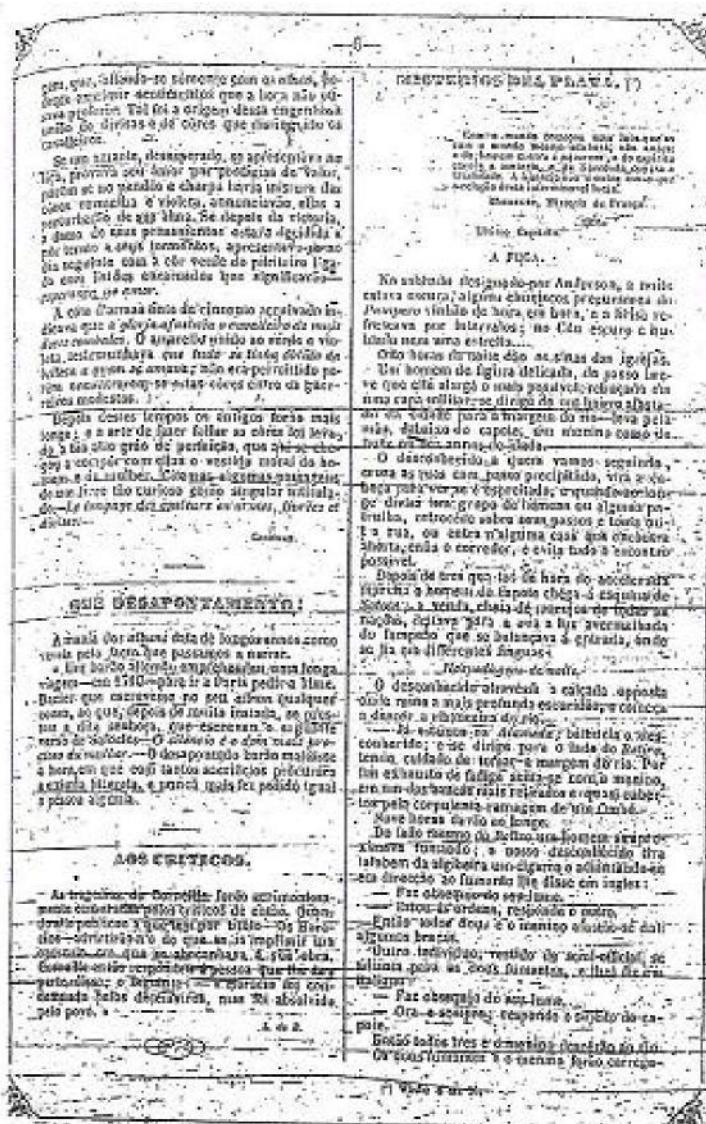


Fig. 23, 24 Jornal das Senhoras 4 de julho de 1852, pp. 6,7. Biblioteca Nacional de Brasil. Escrito y creado por Juana Manso.





Fig. 25 Mural de Manuela Sáenz (1795-1856) y Simón Bolívar, Quito. Foto de Keith Brewster, 2002. Sáenz conoció a Bolívar en 1822. Lo acompañó en las campañas de Ayacucho y Junín.



Fig. 26 Juana Bolívar (1779-1847), hermana menor de Bolívar, quien le consiguió una pensión de 150 pesos por mes después de la independencia. Vicente Lecuna, *Cartas del Libertador*. Vol. VII. Caracas: Lit. y Tip. del Comercio, 1929, p. 362.



Fig. 27 Manuela Josefa Sanz de Santamaría (b. 1799). Su padre y su tío fueron ejecutados por realistas. Formó parte del nombramiento de Bolívar en Bogotá en 1819. José D. Monsalve, *Mujeres de la Independencia* Bogotá: Imprenta Nacional, 1926, p. 218.

Aunque se rechazó su oferta, el gobierno de la república envió esta carta a la *Gazeta de Caracas* para que se publicara como ejemplo para los demás. Fue publicada con un reconocimiento que expresaba la apreciación del gobierno ante esta muestra de ‘sentimientos nacidos de un verdadero amor a la Patria’. Al presentarse como patriotas, las mujeres destacaron que ni sus debilidades físicas discernibles ni los horrores de la guerra debían verse como barreras para poder pelear. De hecho debían señalar que el amor por la patria les dio fuerza a ciertos ‘entes desnaturalizados’, como a hombres afeminados: ¿por qué no podían unirse también las mujeres? Virgilio Tosta reconoce la postura de las mujeres como una evidencia del entusiasmo patriótico que estaba arrasando Barinas en ese momento, debido a la presencia del Coronel Pedro Briceño Pumar (casado con la sobrina de Bolívar). Tres de las mujeres que firmaron esta carta se hacían llamar Briceño. Aunque Tosta no plantea la cuestión, los detalles breves revelan que por lo menos siete de estas mujeres eran miembro de la familia Briceño y, que el primer nombre que aparece es Nicolasa Briceño, la hija del coronel (Tosta 1987: 73). Evelyn Cherpak afirma que el secretario del gobierno provincial, Nicolás Pumar, rechazó la oferta de las mujeres para pelear (Cherpak 1978: 223). Dos de las mujeres tenían el apellido ‘Pumar’. La mayoría de las que firmaron la carta eran, por lo tanto, mujeres de clase alta. En ese momento se había declarado la independencia en Caracas pero todavía no había sido asegurada. Estas mujeres ¿verdaderamente se estaban ofreciendo para pelear o la carta era una táctica para avergonzar o inspirar a los hombres a reclutarse? Cualquiera fueran los motivos de las mujeres, o si de verdad la carta fue incitada por los líderes patriotas, permanece el hecho de que en 1811 el tema de la participación de las mujeres se introdujo deliberadamente en la prensa de Caracas con el comunicado de que la oferta de participación física era bienvenida como ejemplo para otros. Ciertamente en 1813 por lo menos una de las mujeres que firmaron la carta, Josefa Camejo Venancia (casada con el Coronel Juan Nepomuceno Briceño Méndez) formaba parte del Ejército Patriota en Barinas, y se cree que el 3 de mayo de 1821 leyó el manifiesto que declaraba la libertad de la Provincia de Falcón (N.A. 1964: 40-41). Las mujeres también tuvieron roles importantes en las batallas por la independencia en el sur de Nueva Granada (hoy Colombia) y muchas de las que participaron tenían conexiones con la rebelión de los Comuneros. Petronila Lozano y Manrique, hija del líder Comunero Jorge Lozano y Peralta, estaba en un grupo de mujeres que marcharon al palacio de Virrey en Bogotá el 20 de julio de 1810, cuando se anunció por primera vez la independencia de España (Monsalve 1926: 84-85). El 28 de septiembre de 1817 Gertrudis Vanegas y su madre escondieron a un grupo de patriotas en su casa de Machetá, Colombia. Los hombres habían escapado de los realistas, y entre ellos se encontraba el líder de los rebeldes Vicente and Ambrosio Ameyda. Vicente Vásquez, el esposo de Vanegas, en ese momento luchaba por la causa de la independencia y también había estado involucrado en la rebelión de los Comuneros.¹⁵ Una tradición de acción por la independencia se puede rastrear a través de los descendientes de Petronila

Prieto y Ricaurte. Ella venía de una de las familias más ricas e influyentes de Bogotá y junto con su marido, Francisco Sanz de Santamaría, apoyaron la rebelión de los Comuneros (Monsalve 1926: 10). Prieto creía en la importancia de la educación para las niñas, y su hija Manuela Sanz de Santamaría de González Manrique estudiaba latín, italiano y francés. Con el tiempo, Manuela Sanz de Santamaría escribió un artículo sobre la educación pública que se publicó en el *Papel periódico de Santafé de Bogotá* (Socolow 2000: 170-71). También ofrecía *tertulias* del círculo literario *El Buen Gusto* en Bogotá, en el que se discutía sobre política e ideas sobre la independencia de España (Cherpak 1978: 220).¹⁶ También asistían sus hijos José Ángel y Josefa Manrique Sanz de Santamaría. El hecho de que muchos de los hombres que frecuentaban estas *tertulias* fueron ejecutados en 1816 durante la reocupación realista de Bogotá indica la naturaleza radical de las discusiones y los tiempos difíciles en los que se vivía. Otros miembros pertenecientes al círculo fueron exiliados, incluyendo a Josefa Manrique Sanz de Santamaría que fue enviada a Tena (Ecuador).¹⁷

Muchas de las mujeres que fueron castigadas por haber participado en la independencia de Nueva Granada dieron testimonio de los roles que tenían y de las amenazas bajo las que se encontraban en ese momento. Al menos unas cuarenta y cuatro mujeres fueron ejecutadas por los realistas solamente en Colombia.¹⁸ Tal vez la más conocida es Policarpa Salavarrieta Ríos ‘La Pola’.¹⁹ Nació en Guaduas, provincia de Socorro alrededor del año 1795. Como señala Germán Arciniegas, era de la misma zona que Manuela Beltrán, y aunque nació después, pudo haberse inspirado de aquellos que formaron parte de la rebelión de los Comuneros (Arciniegas 1961: 80). Según Monsalve, Salavarrieta comenzó a participar activamente en la causa de la independencia durante la reconquista de España en Nueva Granada bajo el General Pablo Morillo. Morillo sitió Cartagena en 1815, la ocupó y luego marchó hacia el sur. Bartolomé Mitre describe a Salavarrieta como de ‘alma varonil’, y afirma que su amor por su país era igual al que sentía por su joven *novio* Alejo Sarabaín, que peleaba junto a los patriotas (Mitre 1939, IV: 279).

Salavarrieta, que fue perseguida por los realistas por sus actividades, se mudó a Bogotá (Monsalve 1926: 190). Allí estuvo lejos de un cielo seguro: Morillo llegó rápido a Bogotá y para mayo de 1816 ‘sitió la ciudad, la derrotó y la sometió a un reino de terror sin precedentes’ (Lynch 1973: 241). Durante ese tiempo ciudadanos de todas las clases sufrieron, cientos de mujeres fueron exiliadas y encarceladas.²⁰ Salavarrieta se unió a la red de mujeres espías con base en la casa de Andrea Ricaurte de Lozano, donde se alojaba temporalmente. Ricaurte de Lozano tenía un árbol genealógico revolucionario: era pariente del líder de los Comuneros Jorge Lozano, Marqués de San Jorge, y de Petronila Prieto y Ricaurte y Manuela Sanz de Santamaría (mencionadas anteriormente); también había estado entre las mujeres que marcharon al palacio del Virrey el 20 de Julio de 1810 (Monsalve 1926: 85). Salavarrieta visitaba a los prisioneros en sus celdas, les llevaba comida y les pasaba información estratégica que se oía en las calles; las mujeres llevaban listas de quiénes donaban dinero y joyas a los patriotas y quiénes se enlistaron en el ejército de la independencia (Arciniegas 1961: 77-89). Los realistas detuvieron a Sarabaín llevando documentos donde se encontraba el nombre de Salavarrieta, y ofrecieron una recompensa por su arresto. Antes de ser capturada, Salavarrieta pudo alertar a sus *compañeras* para que destruyan cualquier documento que pudiese incriminarlas, y así evitar sus enjuiciamientos (Zabala 1948: 40-42).

El General Juan Sámano encontró a Salavarrieta culpable de conspirar contra la corona y ordenó su ejecución junto con otros ocho cómplices, incluyendo a Sarabaín. El 14 de noviembre de 1817 en la plaza principal de Bogotá, le dispararon a Salavarrieta por la espalda. Se dice que antes de morir se dirigió a la multitud: ‘Pueblo indolente! ¡Cuán diversa sería vuestra suerte si conocieses el precio de la libertad! Pero no es tarde. Ved que aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más, y no olvidéis este ejemplo’ (Monsalve 1926: 195). Se rehusó a tomar agua de los españoles y a que le cubrieran los ojos, y gritó ‘¡Viva la patria!’ antes de que le dispararan (Zabala 1948: 42-43).²¹ Enseguida pasó a ser parte del folclore. Desde su muerte se escribieron poemas, versos y obras de teatro sobre ella, e incluso se hicieron estampillas conmemorativas y algunas marcas de vinos y cervezas usaron su imagen. Alicia Hincapié Borda cree que aunque se ejecutaban muchas mujeres en Colombia, la juventud extrema de Salavarrieta, la ejecución de su *novio*, su actitud, su discurso desafiante y la conducta con la que enfrentó su ejecución, conmovieron a la nación y produjeron una gran indignación y pena, e incentivaron un sentimiento de patriotismo (Hincapié Borda 2000: 155). Se dice que el General Francisco de Paula Santander le encargó al dramaturgo José María Domínguez Roche (1788-1858) que escribiera un drama sobre Salavarrieta. Se estrenó el 23 de julio de 1820 en un teatro de Bogotá y la audiencia intervino para evitar su ‘ejecución’ (Ardila 1984: 464, 469-70).²² Arrojaron huevos, tomates, tamales y piedras al escenario para ‘salvar’ a Salavarrieta poniendo en riesgo la vida de los actores. El director restableció el orden cuando convenció a la audiencia que gritara ‘¡Viva la patria!’, como ella lo había hecho, y así transformó el disturbio en ovación. Tal vez fue por esto que Mitre decidió que no se le disparara a Salavarrieta en su historia. En cambio, termina con la glorificación de esta mujer cuando entra en la inmortalidad de la historia (Arciniegas 1961: 77-89).²³

¿Qué inspiró a mujeres como Salavarrieta y Ricaurte a apoyar la independencia de España? En una declaración que se registró el 20 de abril de 1857 en Bogotá, Ricaurte explicó que su marido, sus hermanos y su suegro se encontraban entre los muchos criollos de clase media que estaban a favor de la independencia. Al enterarse del avance del General Morillo, aquellos que pudieron escaparon de Bogotá hacia las montañas, otros patriotas se escondieron en la ciudad, entre los miembros de la familia Ricaurte y su red social. Cuando Morillo llegó a la ciudad comenzó a buscar a estas personas y muchos de ellos fueron ejecutados. En palabras de Ricaurte:

Los fusilamientos habían empezado y las persecuciones eran diarios, y el terror tenía sumergidos a los habitantes de la ciudad en luto y lágrimas. Los patriotas, ocultos en los montes, resueltos a trabajar por la libertad de la Patria, se pusieron en comunicación con los que estaban escondidos en la ciudad para formar guerrilleras...

Se necesitaba un centro de operaciones que se entendiera con las juntas que se reunían en la ciudad y poderse comunicar con las guerrillas; eligieron mi casa, que quedaba en la quinta cuadra de la Carrera de Antioquia; de allí se mandaban las comunicaciones, noticias, recursos y gente para las guerrillas, lo mismo que para Casanare, en donde los Generales Bolívar y Santander estaban formando el ejército libertador. (Monsalve 1926: 191-95)²⁴

También explicó que en 1817 sus padres Ambrosio Almeyda y José Ignacio Rodríguez le pidieron que refugiara a Salavarrieta que había escapado de la guardia realista (Monsalve 1926: 193).²⁵

La fugitiva pudo seguir trabajando como espía en Bogotá ya que nadie la conocía en la ciudad, y podía moverse o hablar libremente con los prisioneros sin levantar sospechas. Sin embargo capturaron a otros miembros de la red de espía, y los soldados llegaron a la casa de Ricaurte para arrestar a Salavarrieta. Al ver a los soldados, continuó Ricaurte, Salavarrieta quemó en el horno papeles que contenían detalles de los movimientos de los patriotas antes que entraran. Cuando los realistas ingresaron y preguntaron por Salavarrieta, Ricaurte contestó ‘no sé qué es insurgente’ y confirmó en su testimonio:

los papeles quemados contenían cartas de muchos patriotas, la lista de los que daban recursos para auxiliar a los que se iban a las guerrillas, comunicaciones de los jefes de estas y borrador del estado de las fuerzas de los españoles. (Monsalve 1926: 194)

Aunque arrestaron a Salavarrieta en la cocina de la casa de Ricaurte, la esfera tradicional de las mujeres, el lugar la salvó junto a los otros patriotas cuyos nombres estaban escritos en los papeles: el fuego en el horno no atrajo sospechas y tampoco la ignorancia que expresó sobre una intriga.

¿Estas mujeres estaban siguiendo a sus familias cuando apoyaban a los patriotas? ¿Los parientes patriotas obligaron a Ricaurte a hospedar a Salavarrieta? Si este fuera el caso, no hubiese llegado a las instancias que llegó para lograr sus tareas y no explica los roles que tuvieron Salavarrieta y muchas otras mujeres que trabajaron como espías en las ciudades hispanoamericanas durante la ocupación de los realistas. De hecho, Salavarrieta se mudó de Guaduas para continuar su trabajo en Bogotá donde nadie la conocía, y presumiblemente conocía a pocas personas. ¿La manipularon para trabajar como espía a cambio de un hogar seguro? Otra vez, esto parece poco probable: hubiese sido un precio muy alto para Salavarrieta, y ella simplemente podría haber delatado a Ricaurte y a su círculo a las autoridades. Estas mujeres y otros, ¿querían la independencia de España para su propio bien o solamente esperaban tener más libertad para ellas? En 1875 no dio ninguna apreciación de sus motivos, simplemente planteó que varios miembros de su familia estaban involucrados en las luchas por la independencia y que ‘en esa época la idea de la emancipación germinaba en muchos de los habitantes de esta ciudad’ (Monsalve 1926: 191). Ricaurte pudo haber disminuido su propio papel a la luz de los grandes sacrificios de Salavarrieta, o pudo haber reflexionado que los hombres y mujeres simplemente estaban atrapados en una ola de inquietud y eran incapaces de permanecer neutral en tal clima político y social. ¿Es importante que ella haya usado la palabra ‘emancipación’ en vez de ‘independencia’? ¿Sería indagar demasiado en su testimonio sugerir que el uso de ‘en esa época’ indica su creencia de que las cosas habían cambiado y de que la esperanza y las expectativas generadas por las luchas por la independencia habían traído decepción?

Las mujeres y la ciudadanía

Como señala Arlene Díaz, aunque la constitución de Venezuela de 1811 incluía ‘ideas de igualdad, libertad, individualidad y ciudadanía’, estas iniciativas fueron las diseñadas por los ‘territoriantes’ (Díaz 2004: 3). No obstante, su estudio de las relaciones de género en Caracas muestra que las mujeres eran influenciadas por las ideas liberales y usaban los tribunales para reclamar sus libertades civiles. También cita a María Antonia Pérez que en febrero de 1812 planteó ‘la ley nos hace a todos iguales como ciudadanos, y si mi esposo por este derecho tiene autorización para comportarse de manera libre, yo estoy autorizada, por el mismo derecho, a resolver mis necesidades por mí misma’ (Díaz 2004: 1). Lo interesante de este caso es que Pérez no citó la ley para obtener su condición de ciudadana sino que lo usó como punto de partida para su petición de divorcio. Díaz afirma que Pérez ‘esperaba que la ley de la nueva república protegiera sus derechos individuales como protegía los de los hombres’ (Díaz 2004: 2 (mi énfasis); ver también Whigham 1997).

En Nueva Granada las mujeres de todas las clases sociales usaban los tribunales para reclamar sus derechos legales antes de las Guerras de la Independencia (Díaz 2004: 1-65). Se veían como participantes activas en el nuevo orden social: por lo menos en Gran Colombia hombres y mujeres usaban el término ‘ciudadana’ con regularidad desde 1811 durante el control patriota, como se ve en las páginas de la *Gazeta de Caracas*. Sorprendentemente, este diario continuó publicándose casi ininterrumpidamente durante los doce años de guerra, y era el órgano oficial de realistas y patriotas, de acuerdo con la facción que estaba al mando. Además Simón Bolívar usaba ‘ciudadana’ en la correspondencia oficial relacionada con las mujeres que habían apoyado la causa de la independencia directa o indirectamente. Como revelan los siguientes ejemplos, el término era aceptado y aplicado ampliamente. En noviembre de 1811 se compensó a trece ‘ciudadanas’ con una pensión de 8 pesos por mes luego de haber perdido a sus esposos y/o únicos hijos en las luchas por la independencia (Pérez Vila 1983, 22 de noviembre de 1811: 4). En marzo del año siguiente, se hizo una lista de veintiséis ‘ciudadanas’ de San Luis de Cura, Venezuela que donaron entre 2 reales y 5 pesos cada una para el tesoro público (Pérez Vila 1983, 17 de marzo de 1812: 4). En 1814 cuatro mujeres de Caracas donaron ropa a los soldados de la independencia, y otra, Manuela Suárez Urbina, les daba cacao a las tropas. Todas estaban en la lista como ‘ciudadanas’ (Pérez Vila 1983, 7 de febrero de 1814: 156). En octubre de 1821 ‘ciudadanas’ de Guaranes, Venezuela, donaron entre 2 y 50 pesos a las tropas patriotas para la pelea contra Puerto Cabello (Pérez Vila 1983, 15 de noviembre de 1821: 4).

¿Qué indican estas estadísticas? Si uno sigue la idea de que estas mujeres hacían donaciones de acuerdo con su habilidad para pagar, entonces se designaba ‘ciudadana’ sin tener en cuenta la clase y el nivel económico. Incluso si este no fuera el caso, la evidencia sugiere que no era simplemente cuestión de ser capaz de comprar su boleto a ser ‘ciudadana’. Y si fuera así, un mínimo de 2 reales sería relativamente barato. En resumen, el término ‘ciudadana’ parece haber sido usado como una descripción común para cualquier mujer que se pensaba lo merecía. Por lo menos en estos casos esto significaba mujeres que, en mayor o menor medida, apoyaron directamente la causa de la independencia con ayuda económica para el ejército, o aquellas que

perdieron a sus esposos e hijos en las batallas.

El General Bernardo O'Higgins usó el término en un decreto el 2 de diciembre de 1818 en el que declaró a María Cornelia Olivares, de Chillán, Chile, ‘una de las ciudadanas beneméritas del estado’. Aunque provenía de una familia realista, en 1817 Olivares habló públicamente en contra de los españoles en Chillán, sobre sus odiados extranjeros, los opresores de la patria. Incitó a la gente a pelear: ‘Hombres y mujeres deben tomar armas contra los tiranos... la libertad a todos beneficia, todos deben amarla y defenderla’. Los realistas la arrestaron, la rasuraron, y la exhibieron en la plaza pública. Se ganó la admiración popular ya que se cree que permaneció en silencio durante el calvario, además de contestar a los soldados que le gritaban: ‘La afrenta que se recibe por la patria en vez de humillar engrandece’ (Miranda 1948: 56-7).

El caso de Francisca Prieto y Ricaurte de Bogotá revela el alto precio a pagar para ganar ciudadanía. Pietro y Ricaurte era miembro de un clan de clase alta que unía a las familias más importantes de Bogotá: era prima de Sanz de Santamaría de González Manrique y pariente de Andrea Ricaurte Lozano. El 6 de noviembre de 1821 Bolívar la premió con una pensión anual de 1.000 pesos y explicó en una carta:

La viuda del más respetable ciudadano de la antigua República de Nueva Granada, se halla reducida a una espantosa miseria, mientras yo gozo de treinta mil pesos de sueldo. Así he venido en ceder a la ciudadana Francisca Prieto mil pesos anuales de los que a mí me corresponden. (Monsalve 1926: 167).

Su marido, ‘el respetable ciudadano’, Camilo Torres, fue radical político y el primer Presidente de la Provincia Unidas de Gran Colombia. Torres, junto a Prieto y Ricaurte habían empezado a organizar reuniones pro-independencia en 1810 (Monsalve 1926: 36). En agosto de 1816 el General Morillo arrestó a Torres, Prieto y Ricaurte y sus hijos y confiscó su fortuna. Como señala Monsalve, dejaron a la familia sin nada incluso les quitaron los utensilios de la casa. Luego los obligaron a exiliarse caminando a la ciudad de Espinal. Ejecutaron a Torres en Bogotá y expusieron su cabeza en la ciudad (Monsalve 1926: 94, 159, 161, 165). Aunque no hay evidencia de que Prieto y Ricaurte recibió la pensión, por lo menos Bolívar reconoció oficialmente su sacrificio.

El uso que hacía Bolívar de ‘ciudadano’ se extiende hasta su hermana realista (ver capítulo 2). El 31 de marzo de 1824 expidió un documento que autorizaba a María Antonia Bolívar a hacerse cargo de las minas del Valle Aroa:

Por la presente autorizo competentemente a mi hermana María Antonia Bolívar para los fines que aquí se expresan:

- 1º -- Para tomar posesión en mi nombre del Valle de Aroa y minas de Cocorote.
- 2º — Para reclamar jurídicamente todos los derechos que me corresponden como propietario de estas posesiones, contra todos aquellos arrendatarios intrusos que han disfrutado de mi propiedad injustamente por muchos años.
- 3º — Para que pueda entrar en un contrato expreso y particular con cualquier individuo que

ofrezca las mayores ventajas por el arrendamiento de dichas mina Valle de Aroa.

4º Últimamente autorizo a la citada María Antonia Bolívar para que arriende por un tiempo señalado el Valle de Aroa y sus minas, pero con la precisa condición de que de ningún modo seré responsable al pagamiento de las mejoras y bienhechurías que se encuentren en dicho Valle de Aroa, luego que llegue el termino del arrendamiento, y sea devuelto a mi inmediato dominio y uso propio. También entrara como clausula expresa del contrato su no validez mientras que no sea aprobado por mí, y mandado a ejecutar según mi dictamen y decisión posterior.

En virtud de este poder que doy en la mejor forma posible, la ciudadana María Antonia Bolívar se encuentra ampliamente autorizada para llenar los fines que aquí se expresan, para lo que le otorgo el competente instrumento, conforme a derecho, y lo mas que conviniere conforme a las cláusulas de estilo que añadirá el escribano por ante quien se ha de otorgar este poder. (Lecuna 1929: 423-24)

Al designar a su hermana beneficiaria de las minas, Bolívar reveló su confianza en ella y la fe en su juicio como una mujer de negocios competente. También la describió como ‘ciudadana’ para remarcar sus derechos legales en la república. De hecho en cada caso aquí ilustrado, Bolívar usa ‘ciudadana’ para designar que cada una de estas mujeres tiene derechos legales dentro de la legislación de la república. Usaba el término deliberadamente, por norma, para indicar que él consideraba que todas las mujeres que contribuyeron con la causa patriota hicieron méritos para lograr la designación de ‘ciudadana’.

Bolívar no solo designaba ‘ciudadanas’ a las mujeres de clase alta. El 19 de noviembre de 1817 ordenó que se le dieran raciones diarias a María de Jesús Correa y María de Jesús Silva y a sus familias:

Disponga Vuestra Señoría que a las familias del ciudadano Mayor Pedro Correa y de su hermana María de Jesús, se le pasen seis raciones diariamente y una a la ciudadana María del Jesús Silva; previniendo al Comandante del Batallón de esta plaza que no reclute al joven Miguel Orta, hijo de la expresada ciudadana María del Jesús Correa, pues es el único apoyo de esa familia para solicitar los demás medios de subsistencia. (Monsalve 1926: 255)

Con la muerte de su esposo, José de Orta, María de Jesús Correa había ofrecido a sus hijos a la causa de la independencia. Bolívar insistió que su hijo menor, Miguel, se quedara con ella. El General Leucrecio Silva, hermano de María del Jesús Silva, sirvió en las campañas de 1817 (Monsalve 1926: 79-80). En estos casos, la contribución de los esposos, hermanos e hijos se reflejaban directamente en sus parientes mujeres.

El término ‘ciudadana’ era publicidad que usaban diferentes personas en una variedad de circunstancias. ¿Qué significaba? Jay Kinsbruner entre otros (ver capítulo 1) hace diferencia con respecto a los ciudadanos ‘activos’, es decir, aquellos que tenían voto y podían tener cargos (Kinsbruner 1973: 52). A principios del siglo diecinueve, las restricciones de alfabetización y propiedad aseguraron que la mayoría de los hispanoamericanos, hombres y mujeres por igual, no pudiesen presentarse como candidatos en las elecciones. Lynch afirma: ‘los nuevos gobernantes eran cuidadosos para preservar su herencia’, (Lynch 1973: 226) y estos ‘nuevos gobernantes’ eran hombres extremadamente blancos, educados y ricos. En ese momento, estas mujeres estaban entre la mayoría de los ‘ciudadanos pasivos’. Sin embargo no parece haber

dudas de que la participación de las mujeres, abierta o encubierta, fue bienvenida por los patriotas durante las luchas por la independencia y probablemente en momentos específicos se requería vigorosamente de su contribución. Por ejemplo las mujeres soldados eran mejores que los hombres para cumplir ciertas tareas: la combinación del poder varonil y la gracia femenina de Juana Azurduy era una inspiración para sus tropas y una fuente de alivio y consolidación. María Remedios del Valle y Manuela Sáenz cumplían los roles de soldado y enfermera durante el combate. Al designar a las mujeres ‘el sexo más sensible’ San Martín parece haberlas creído dignas patriotas por derecho propio. De hecho, se basó en la supuesta sensibilidad natural: los sentimientos y emociones que las hicieron instrumentales para unir a la sociedad.

Las mujeres pueden haber sido valiosas durante las luchas por la independencia, pero una vez que se logró la independencia de España, se esperaba que regresen a sus tareas de bordado. San Martín y Belgrano intentaron sentar las bases para el avance social de las mujeres, pero ninguno tuvo la oportunidad de poner estas ideas en una práctica a largo plazo. Bolívar estaba mejor posicionado para hacerlo, pero para 1830 él también iba camino al exilio y a la muerte. Aunque él había recompensado a su amante por su proeza como soldado y usaba el término ‘ciudadana’ abiertamente, no hizo ninguna concesión durante su gobierno que diera a las mujeres más voz en la América Independiente que la que habían tenido durante la etapa colonial (ver Capítulo 2). El período posterior a la independencia vio un régimen patriarcal jerárquico y perpetuado por la élite criolla. Sin embargo al tomar la iniciativa en una época de crisis social y política, las mujeres revelaron su fuerza física y mental como participantes valiosas en el desarrollo de sus sociedades.

Notas

1 Como advierte Johnson, Cortés casi no menciona a las mujeres. Ella está entre las que destacan la enorme importancia de Doña Marina (Johnson 1983: 48, 51). Ver además Díaz del Castillo 1963: 85-87.

2 Díaz luego recuerda que había seis mujeres de Castilla que fueron asesinadas en Tustepeque (Díaz del Castillo 1968: 74).

3 Se dice que Carlos V pidió personalmente la continuación de las aventuras Belianis de Grecia, y que ordenó la traducción al español de una novela Francesa de caballería.

4 Las órdenes de Velázquez que datan del 23 de octubre de 1518 fueron fuertemente influenciadas por Mandeville, especificaban que Cortés debía averiguar sobre las personas y las tierras, ‘porque se dice que hay personas con orejas largas y anchas y otras con caras de

perro, y también dónde y en qué dirección estaban las Amazonas, que según los indios que hablan contigo, están cerca' (Leonard 1949: 46).

- 5 Aunque Stephen Greenblatt presenta a Mandeville como un 'mentiroso constante', rastreó el nombre Mandeville en la historia satírica del siglo catorce *Le Roman de Mandevie* y sugiere que sus viajes nunca se tomaron en serio (Greenblatt 1991:7,32).
- 6 Sin embargo su fuente es Bernal Díaz, quién nunca menciona la contribución de María de Estrada como soldado
- 7 Para ver la lista de mujeres y hombres convictos y sentenciados ver O'Phelan 1985: 299-309.
- 8 Un cronista anónimo observó las actitudes inhumanas e inmorales de los españoles. Ver Cornejo Bourdoncle 1949: 105-106, 152-72; de Austria 1960: 55.
- 9 Monsalve llevó a cabo una búsqueda de archivos para obtener más información sobre Beltrán y sobre qué pasó con ella después. No pudo encontrar ningún otro detalle además del de que ella tenía un negocio en la plaza principal de Socorro y que tenía el título de doña, que en esa época estaba reservado para personas distinguidas. También agrega que un *cronista* la describió como una mujer mayor, pero Monsalve no encontró nada para sostener esto y argumenta que el entusiasmo y comportamiento de esta mujer no eran los que generalmente se le atribuyen a los mayores. M. Pallis y Mary Louise Pratt describen a Beltrán como una antigua vendedora de cigarrillos en Socorro (Pallis 1980: 24; Pratt 1990: 48).
- 10 Jean Adam Graener, *Las Provincias del Rio de la Plata en 1816*, Buenos Aires 1949, pp. 65-116, citado por Piccirilli 1957: 249.
- 11 Ella participó de los ataques en Chuquisaca el 10 de febrero de 1816 y de las batallas de Tarabuco y La Laguna. El 11 de junio de 1816 dirigió una de las seis columnas hacia otro ataque en Chuquisaca.
- 12 Las mujeres también eran elegibles por su inclusión en la legión de Francia, aunque no hay evidencia de que las mujeres estaban entre los receptores mayores.
- 13 Campusano puede haberse convertido en la amante de San Martín. Jenny Estrada argumenta que él estaba profundamente enamorado de ella y que le dio el título de 'la Protectora'. Rumazo González afirma que posiblemente se convirtió en su amante en 1821, mientras que Carlos Neuhaus duda de su relación con San Martín y mantiene que el título de 'La Protectora' proviene del autor peruano Ricardo Palma, que conoció a Campusano en 1846 y que se commovió con su belleza (Estrada 1984: 48-50; Rumazo González 1945: 112; Neuhaus 1997: 117, 121, 122, 125).
- 14 Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú sitio web, <http://www.rree.gob.pe/portal/dcanciller>
- 15 Díaz y Díaz 1962: 74-75; Monsalve 1926:190. Vanegas salvó a los hermanos Almeyda, pero su esposo fue capturado en la batalla de Tibirita y trasladado a Bogotá donde lo ejecutaron seis meses después.
- 16 Entre los que concurrieron se encontraba Camilo Torres y Alexander Von Humboldt.
- 17 Para más detalles sobre los que asistieron y sobre sus destinos ver la base de datos creada para la búsqueda de este libro <http://genderlatam.org.uk/>.
- 18 Los nombres y algunos detalles sobre la vida de estas mujeres pueden encontrarse en <http://gender-latam.org.uk/>.
- 19 Su nombre también aparece como Salavatierra y Salvatierra. Probablemente esto se debe al apuro por probar que su nombre era un anagrama de "Nace por salvar la tierra". En el poema de Bello, se la nombra como 'Alocución a la poesía'.
- 20 Para detalles de éstas y otras mujeres ver <http://genderlatam.org.uk/>.
- 21 No es posible verificar la autenticidad de estas fuentes secundarias, pero el hecho de que existan muchas, revela el poder de su imagen.
- 22 La fecha de la primera presentación de esta obra está en Hincapié Borda 2000: 47-48.
- 23 Agrega que la obra se presentó en Montevideo y que la intención de Mitre era avivar el patriotismo argentino y denunciar al entonces dictador de Argentina Juan Manuel de Rosas.
- 24 Al reproducir su testimonio Monsalve nota que hay muchas inexactitudes históricas, y que esto era de esperarse ya que se realizó luego de largos años ocurrido el evento.

25 La red de Ricaurte podría haber estado vinculada con la de Gertrudis Vengas, ya que ambas estaban conectadas con la de Almeydas.